

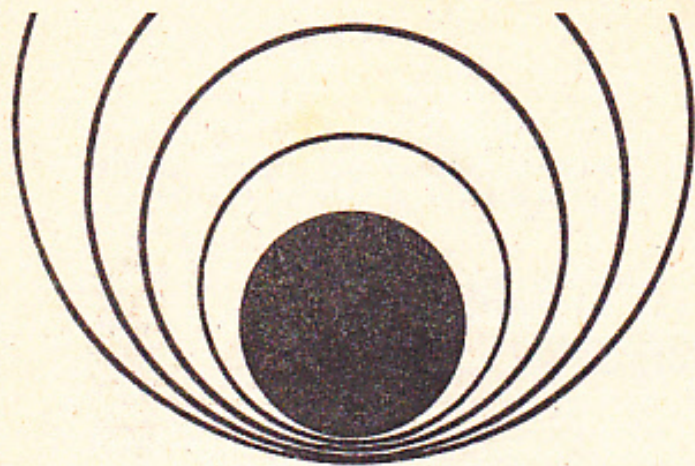


UN SUCIO DETECTIVE

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND
UN SUCIO DETECTIVE

Colección PUNTO ROJO n.º 910
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.500. — Los tentáculos del terror mundial.

En Colección PUNTO ROJO;

906. — Colapso.

En Colección LA HUELLA:

134. — Pasaje sin salida.

ISBN 84-U2-02520-X

Depósito legal: B. 28.358 - 1979

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1979

© Curtis Garland - 1979 texto

© Norma 1979 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL.
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Me desperté bastante tarde. Era un día nublado, antipático y con olor a sulfuro. Yo había bebido un par de copas de más la noche antes, y mi boca era como un retrete relleno de estropajo cuando intenté chascar la lengua en el paladar.

La ducha y el zumo de frutas no me mejoró demasiado. Me dolía la cabeza, sentía una especie de apisonadora en mi estómago y una serpentina de hojalata chirriante latigueando en mis tripas. Si a eso no se le puede llamar estar enfermo, díganme ustedes.

Creo que maldije un montón de veces, antes de hacerme un horrible nudo de corbata sobre la camisa sucia y rozada, y luego me miré al espejo, preguntándome si aquella especie de individuo demacrado, triste y descolorido podía ser yo mismo o un viejo retrato de mi abuelo difunto.

Como el espejo no daba respuestas, me encogí de hombros, tomé la chaqueta y el sombrero y me dispuse a bajar a la calle para comprar el periódico, renovar mi arrugado y vacío paquete de cigarrillos, y tomarme, tal vez, un trago en Charlie's, por aquello de que un trago de whisky le quita a uno la resaca de una borrachera de whisky, o bien le hace reventar a uno de una vez por todas. Valía la pena intentar cualquiera de esas cosas.

Me moví hacia la puerta de mi apartamento, pequeño, sucio y descuidado, con calcetines secándose colgados de una cuerda junto al fogón con el pote mediado de café y un recipiente con las sobras de una sopa de lata calentada la noche antes, cuando aún no pensaba en emborracharme como un imbécil. El solo hecho de pensar ahora en un trago de café solo o de sopa con sabor a colorantes y a glutamato monosódico, hizo que la serpentina de lata enroscada en mis intestinos se agitara como una condenada, haciendo conmovér a mi estómago y, de paso, dándome náuseas. Salí disparado del piso, tratando de tomar un poco de aire entre el cemento, el asfalto y el humo de la ciudad, quizá porque siempre he sido un tipo optimista.

El aire que pretendía respirar, era todo lo imaginable menos respirable y limpio. El mediodía estaba cerca, los humos convertían la atmósfera urbana en una especie de amasijo de olores fétidos y de presión agobiante, con el aditamento de la humedad y la amenaza de la lluvia que, cuando menos, limpiaría de calor, de suciedad y de veneno el ambiente ciudadano. Al menos, del veneno que se respira, porque al otro no hay lluvia que lo limpie, en tanto no pueda llevarse por delante a los politicastros, los financieros, los granujas y los hijos de perra de

toda laya. Pero entonces, la ciudad se quedaría desierta, sólo con los perros y las ratas a salvo.

Estaba ya frente al destartelado montacargas que utópicamente denominaban «ascensor», cuando éste se abrió delante de mis narices, y unos zapatos de tacón demasiado alto y fino hollaron la gastada alfombra del rellano.

Levanté los ojos. Después de aquellos zapatos charolados, de elevado tacón, había un respetable par de piernas que iban a morir en la falda tubo color fresa. Lo de más arriba, estaba en consonancia con todo eso. Pude descubrir una cintura breve, unas caderas redondeadas, como a mí me gustan, y unos pechos espléndidos bajo la blusa y la chaqueta sastre con excesivas hombreras. Un sombrerito con medio velo, de color gris ceniza, cubría los cabellos rubios, ondulados y suaves, encima de la ovalada cara femenina, no demasiado maquillada, de ojos rasgados color de cielo tempestuoso, boca carnosa muy roja, y cejas perfiladas en tono marrón suave.

—Hola —me saludó, sonriendo.

—Hola —le contesté, tratando de apartarme para dejarle paso.

—Busco a un tipo llamado Sidney Gould —dijo.

—Yo soy ese tipo —fue mi respuesta.

Nos quedamos mirando. Ella sonreía aún.

—Me lo imaginaba —confesó.

—¿Por qué? —me sorprendí.

—Alguien me dijo que era un detective poco escrupuloso, aficionado a beber y bastante guapo para su oficio. Usted encaja en ese retrato.

—¿Cómo sabe que soy poco escrupuloso? —me ofendí.

—Eso sólo lo imagino —rió ella—. Lo demás está claro: tiene ojeras y un color de ojos que recuerda cualquier resaca de categoría. Además, es bastante guapo para cualquiera que fuese su oficio. Esta es la planta seis, y me dijeron que aquí vivía Sidney Gould. No necesito ser colega suya para deducir el resto.

—Aprobada. Cuando no tenga trabajo, venga a verme. Puede que la coloque de ayudante mía —sugerí, sarcástico.

—Es muy amable. Tendré en cuenta esa oferta. Nunca se sabe lo que puede una necesitar. De momento, vengo a todo lo contrario. Le ofrezco trabajo. Y mil dólares.

Me quedé mirándola como si ella fuese Papá Noel. Que yo recuerde, nadie me había dado nunca unos «buenos días» tan alentadores. Mil dólares, en 1948, siempre habían sido mil dólares. Sobre todo para quien no tenía más allá de diez en los bolsillos, por todo capital.

—¿Mil dólares a cobrar en qué fecha? —recelé.

—Ahora mismo —me soltó sin previo aviso—. Será solamente a cuenta del resto qué espero se haga acreedor a ganar, si acepta mi encargo.

—¿Usted trae mil dólares consigo? —indagué. Y ante su asentimiento, moví la cabeza—. Es una locura venir así a este barrio. No estamos en la Quinta Avenida, jovencita.

—Ya lo sé —ella soltó una suave carcajada—. No hay nada que temer. Es un cheque nominativo. A su nombre, señor Gould. Sólo usted puede cobrarlo.

—¿Tan segura está de que aceptaré?

—Si no acepta, lo romperé y extenderé otro —se encogió de hombros—. No cuesta mucho. Pero creo que aceptará.

—¿Por qué lo cree?

—En primer lugar, porque necesito un detective privado, y usted lo es. En segundo, porque necesita dinero. Y en tercero, porque quizá le guste el asunto.

—Está bien —hice un gesto hacia el fondo—. ¿Quiere entrar en mi apartamento? No es un palacio precisamente. Podríamos ir a cualquier sitio y tomar algo mientras charlamos. Un tipo soltero que combina su oficina con su vivienda, no puede ofrecer un lugar medianamente decente a una dama.

—Está bien. Vamos a cualquier sitio, si lo prefiere —abrió de nuevo el montacargas—. No creí que las cosas le fueran tal mal, señor Gould.

—No es sólo cuestión de dinero —rezongué—. Hubo una chica. Vivía conmigo. Incluso había pensado en pedirle que se casara conmigo. Ahora, ya no está.

—¿Le dejó? —quiso saber, mientras yo cerraba la verja del ascensor y presionaba el botón de la planta baja. Descendimos dando bamboleos inquietantes.

—No. Murió —dije, apretando los dientes—. Un sucio bastardo la mató.

—Oh, lo siento —me miró como si todo esto la cohibiera—. ¿Un crimen?

—Así lo suelen llamar, sí.

—¿Encontró al culpable?

—No, maldita sea —bajé la cabeza—. No soy tan buen detective. Era una chica de vida difícil antes de unirse a mí. Nunca supe si murió por eso... o porque era mi amiga.

—Entiendo. Es peligroso vivir a su lado, ¿verdad?

—A veces, sí.

—¿Tiene muchos enemigos?

El ascensor se detuvo en la planta baja. Abrí la puerta enrejada y ella salió con su gracioso taconeo delante mío. Tenía un trasero

estupendo. Yo me limité a responder con un lado de la boca:

—Algunos. Pero dejemos eso. No me gusta hablar del asunto.

—Lo comprendo. Todo se ha hundido de repente para usted, ¿no?

—Algo así —alcanzamos la calle, con su hedor a huevos con bacon, cerveza agria, basuras y humos. Señalé a una cercana esquina en un edificio de ladrillos rojos, junto a un gimnasio y un hotel barato—. Allí está Charlie's. Es el único local que no tiene el whisky de garrafa, ni la cerveza agria... ni admite negros.

Caminamos hacia allá por la calzada sucia, repleta de niños de raza blanca o negra, jugando a cosas ruidosas y sin sentido. Ella se situó junto a mí. Noté que me miraba de reojo con cierta sorpresa.

—¿Racista? —apuntó.

Meneé negativamente la cabeza. Luego, bajé algo mi gastado y sucio cuello de la camisa única que tenía relativamente presentable.

—Nunca lo fui hasta que un maldito negro me cortó aquí con una navaja —mostré la cicatriz, escupiendo casi las palabras—. Otro negro mató a mi chica. Fue sólo un ejecutor, un pistolero a sueldo. Pero él la mató. Hay cosas que no se olvidan ni se perdonan, señorita. Tengo algún amigo negro. Pero pocos. Y éstos no son como otros. Es a esos otros a los que no trago. Y de éstos sí hay muchos en mi barrio, ya puede verlo.

Asintió, mirando en torno a la gente de color hacinada en algunas puertas. Creo que empezaba a sentir cierta repugnancia por mi barrio. Eso demostraba que era sensible.

Entramos en Charlie's. Nos sentamos en una mesa arrinconada, lejos de la gramola y de un cuarteto de tipos que apostaban a las carreras en otra mesa. Pedí al dueño dos zumos de fruta, tras consultar con mi nuevo cliente.

Ella estaba contemplándome tras mirar en torno y hacerse una idea del local. Abrió de repente su bolso de charol negro y sacó el cheque. Lo puso ante mí, desdoblándolo cuidadosamente. Tenía razón. Era un cheque por mil dólares a mi nombre. Con firma ilegible. Humedecí los labios. Hacía años que no veía tanto dinero junto.

—Es un cheque conformado —dijo ella, escueta—. Espero que llegue a ser su cliente, señor Gould.

—Yo también —golpeé con mis dedos sobre el cheque, como si éste fuese el parche de un tambor. La miré, reflexivo, antes de hablar con cierta sequedad—: La escucho ahora. ¿Cuál es su problema?

Respiró hondo. Lo difícil, sin duda, es siempre empezar. Parecía

una chica segura de sí misma. Había que estarlo para venir a verme a este barrio. Pero le costaba romper el fuego inicial. Traté de ayudarla, aunque eso no era mi obligación:

—¿Es algo personal, o viene en nombre de otra persona?

Ella parpadeó, como si hubiese logrado sorprenderla en algo. Luego, confesó con dificultad:

—Iba a decirle que era un asunto ajeno, de una amiga mía. Pero sería una tontería. Usted iba a descubrir la superchería en seguida.

—Posiblemente. ¿Tan feo es el asunto?

—Mucho. Pero voy a serle sincera. Si ha de ayudarme en esto y trabajar para mí, considero necesario que haya mutua honestidad entre ambos.

—Una buena idea. No le dé más vueltas. Empiece de una vez. Casi está logrando impacientarme.

Ella tomó un sorbo del zumo de frutas que Charlie había puesto ante sí. Yo no toqué el mío. Las tripas me molestaban. Si me tragaba aquello, sería peor. Me limité a jugar con un dedo sobre el soporte de mi copa, a la espera de sus palabras.

Irish Yordan no se hizo esperar ya más. Comenzó a hablar con lentitud, buscando cuidadosamente las palabras más adecuadas y concretas:

—La persona que está en apuros soy yo. En muy graves apuros, para ser exacta.

—Lo imagino. La escucho, señorita...

Dejé en el aire la palabra, esperando su respuesta con un determinado nombre. Me llevé un chasco. Ella no dijo nada. Se limitó a mirarme fijamente. Después, surgió a sus labios un asomo de sonrisa. Me pareció frío y forzado.

—¿Esperaba que le diese mi nombre? «—preguntó.

Hice un gesto ambiguo.

—Si prefiere guardar el incógnito, allá usted. Pero acostumbro a que mis clientes me digan como mínimo, quiénes son.

—Me gustaría hacerlo, créame. Pero no es fácil.

—¿No lo es? —me sentí tan perplejo que creo que mis cejas formaban dos arcos perfectamente exagerados.

—Eso forma parte de lo que usted tiene que averiguar, Gould.

—¿El qué?

—Mi..., mi nombre.

—¿Sí? —empecé a preguntarme si, entre todos los posibles clientes de la ciudad que podían haberme caído, iba a tocarme una enferma mental o una esquizofrénica, Hubiera sido el colmo de la desgracia.

—No, no me mire así —su sonrisa se hizo más amplia y sincera

—. No estoy loca.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo está pensando. Se nota en su rostro. Y no puedo reprochárselo. Sencillamente, quiero que sepa que mi caso es difícil. Quizá el más difícil que habrá encontrado en su vida.

—Empiezo a creerlo —suspiré, notando que incluso mi pobre intestino me molestaba menos que antes—. Ha dado a entender que... que no sabe su nombre.

—Exacto. No lo sé.

—Pero... pero eso no tiene sentido. Se ha de llamar de alguna forma.

—Claro. Tengo un nombre, un apellido, un hogar, un esposo.. Pero ¿todo eso es realmente mío o estoy usurpando lo que pertenece a otra persona?

—¿Por qué dice eso?

—Porque es la verdad —me miró largamente, jugueteó con sus dedos en el reborde de su vaso, y terminó por añadir—: Descubra quién soy, realmente. Descúbralo, Gould, y no sólo habrá cumplido su obligación profesional, sino que tal vez me haya devuelto la verdadera existencia que yo deseo.

—¿Qué nombre tiene usted actualmente?

Ella vaciló un momento. Luego, dijo con voz insegura:

—Irish Yordan.

—¿Casada?

—Sí.

—¿Su esposo?

—Edwin Yordan.

—¿Rico?

Otra vacilación. Luego, un monosílabo ronco:

—Sí.

Me rasqué la cabeza por hacer algo. No sabía si iba a gustarme aquello. De momento, no me gustaba nada.

—¿No está segura de ser quien dice que es?

—No, no lo estoy.

—¿Y su esposo?

—Sí, él sí —me contestó sin vacilar.

Me hubiera gustado rascarme también los sesos, para ver si entendía mejor. Porque la verdad es que no entendía nada de nada.

—Señora Yordan... —vacilé—. Permítame que la llame así de momento. Señora Yordan, ¿cómo puede ocurrir eso? ¿Cuánto tiempo lleva casada?

—Dos años.

—¿Hijos?

—No. No puedo tenerlos. Es lo que ha dicho el ginecólogo.

—¿Cuál es su nombre de soltera, suponiendo que el de casada sea Irish Yordan?

—Irish Jarrod.

—¿Familia rica también?

—Sí. Mucho. Los Jarrod tenemos una importante fortuna.

—Vaya. . —moví la cabeza, con desaliento—. No lo entiendo. ¿Desde cuándo ignora si es usted Irish Yordan o no?

—Desde hace un año.

—¿Sólo un año? —si no se estaba burlando de mí ni estaba loca, aquello era un puro jeroglífico, una charada sin solución aparente—. ¿Y su marido sí sabe que es usted su mujer?

—Sí, creo que sí. Nunca ha dudado, que yo sea.

—Que me corten a tajadas si entiendo algo de este lío. ¿Quiere decirme quién piensa usted que puede ser, si no es realmente Irish Yordan?

—Vicky Jarrod, mi propia hermana.

Pestañeeé. Hice una sugerencia al azar:

—¿Y ella? ¿Dónde está Vicky Jarrod?

—Muerta —me contestó—. Si es que fue ella la que murió y no Irish Yordan...

—¿Se parecían tanto como para contundir a su propio esposo?

—Sí. Somos gemelas. Lo éramos, mejor dicho. Idénticas ambas.

—Lo imaginaba —resoplé. La estudié calmoso—. ¿Por qué ignora quién es usted?

—Porque perdí la memoria hace un año —dijo ella sordamente—. Cuando asesinaron a mí hermana, fuese ella quien fuese.

CAPITULO II

Al final, aquello tenía algún sentido. No mucho, pero lo tenía.

Estábamos caminando tranquilamente por una acera llena de gente, de luces y de ruido. También de olor a humedad y a humo. Llovería de un momento a otro. Sería lo mejor si uno no quería morirse respirando basura.

La tarde caía con rapidez sobre el centro urbano. Las nubes ponían el resto. Aún era de día, pero no lo parecía en absoluto, y los comerciantes tenían que recurrir a iluminar sus escaparates.

—Es una extraña historia —comenté, cuando cruzábamos un paso de peatones con el semáforo en verde.

—Muy extraña, lo sé. Por eso le ofrezco mil dólares a cuenta, para gastos y parte de sus honorarios.

—¿Cuál será el resto?

—Otros mil cuando termine.

—¿Sea cual fuere el resultado?

—Sea cual sea, siempre que me dé un resultado.

—Por dos mil dólares puedo demostrar que es usted la reina Victoria de Inglaterra o Juana Calamidad —reí moviendo la cabeza, con mis manos en los bolsillos—. Ahora hablando en serio, ¿las huellas dactilares no sirven de nada en su caso?

—Ni mi hermana ni yo nos hicimos imprimir nunca huellas dactilares. No hubo razón para ello. Cuando la mataron a ella, sí le tomaron las huellas. Pero era como si nada. Podían ser las de Irish o las de Vicky.

—Entiendo, ¿ningún detalle identificador? Una prótesis dental, una muela empastada, una fisura en una caída, algo así...

—No, nada.

—¿Y su dentista? Acostumbran a conocer a fondo la dentadura de sus clientes,

—Yo nunca necesité dentista. Poseo una dentadura muy sana. También ella...

—Pues sí que estamos bien —rezongué, señalando un establecimiento abierto—. No he comido nada en todo el día. Hace poco hubiera echado hasta la primera papilla si se me ocurre tomar bocado. Ahora me encuentro mejor. Y tengo hambre. ¿Usted no?

—Sí, creo que sí —me sonrió distraída—. ¿Conoce algún sitio decente?

—Ese está bien —señalé un restaurante—. Pero no sé si me llegará en efectivo para pagar la cuenta de ambos. Y no admiten cheques.

—Deje. Yo le invitaré.

—No me gusta que me paguen las mujeres. No soy de éstos.

—No trato de mantenerlo —rió de pronto con un buen humor que me sorprendió—. Yo tampoco soy de éstas. Digamos que le pagaré la cena como parte de sus gastos. ¿Podremos hablar tranquilos allí?

—¿Es que aún queda algo por contar después de lo que me ha dicho?

—Pequeños detalles. Quisiera que no los olvidase. En realidad, lo que busco es mi propia identidad, mi nombre y mi persona. Resulta horrible vivir al lado de un hombre joven, solícito y guapo que parece ser mi esposo, que *creo* que es mi esposo, pero que podría ser solamente mi cuñado.

Y9 había pensado en ese aspecto del problema, pero como tampoco era ningún incesto ni cosa parecida, pensé que el lado moral del asunto no resultaba demasiado grave. Aunque a ella parecía preocuparla.

Poco después, estábamos sentados ante unas tazas de consomé apetitoso, esperando como segundo plato un *steak* con guarnición. Habíamos elegido de común acuerdo vino en vez de cerveza o café, y éso pareció gustarle al camarero del buen restaurante elegido.

—¿Cuándo empezó su miedo a no ser quien parece ser? —le pregunté, una vez apurado el consomé.

—Hace poco. Cuando llegó el primer anónimo.

—El primer... ¿qué? —me sobresaltó su informe.

—Un anónimo. Ya le dije que había detalles. Y todos desagradables —suspiró—. He recibido varios anónimos más desde entonces.

—¿Cuántos, exactamente?

—No sé. Siete u ocho. Tal vez nueve.

—¿Cuándo llegó el primero?

—Hace dos meses.

—¿Qué decía?

—Algo así como: «¿Eres realmente Irish Yordan o estás suplantando a otra persona?» Me causó una impresión terrible.

—¿Por qué?

—Porque hasta entonces no se me había pasado por la mente una posibilidad tan espantosa.

—¿Creía ciegamente ser quien decía que era?

—Claro. Todos lo decían. Edwin... mi esposo... me identificó en el hospital. Todo fue bien. Mis amistades, mis relaciones sociales, mis servidores... Todos me recibieron normalmente, sin recelos ni extrañezas. ¿Cómo podía yo recelar nada?

—¿Hace un año de su amnesia?

—Sí, exactamente hará un año dentro de veinte días.

—¿Es total?

—Total en cuanto a recuerdos. En cambio puedo hablar, escribir, leer, recordar cosas ajenas a mí, pero nada relativo a mi persona y mi mundo. Dicen los psiquiatras que es una amnesia menos anormal de lo que muchos creen.

—De modo que no tiene el más mínimo indicio para saber quién es usted.

—Si lo tuviera, no estaría ahora aquí con usted —advirtió ella, cortando la tierna y jugosa carne del *steak*.

—Sí, claro —tuve que admitir, imitándola con mi propia carne. Tomé un trozo y lo regué con vino—. ¿Cómo fue el accidente donde perdió la memoria?

—Uno de esos accidentes estúpidos que se producen en la carretera. Un automovilista cometió una maniobra equivocada. Chocamos. Pude haberme matado. También él. Pero lo cierto es que su coche era más potente y fuerte que el mío. Me lanzó a la cuneta y escapó, sin duda asustado. Nunca dieron con él. Me llevaron a un hospital, conmocionada. Cuando desperté, ya no recordaba nada de mi vida anterior.

—¿Ni siquiera el accidente?

—Ni siquiera el accidente. Me relataron cómo fue, gracias a unos testigos. Pero el relato no me dijo nada.

—¿Y su escritura? ¿Es igual a la de Irish Yordan?

—Sí, igual. Pero primero era más insegura. Estuve un tiempo imitando mi propia letra anterior. Podría haber sido mi hermana Vicky, y aprender a escribir como Irish. Eso no dice nada.

—Siempre volvemos al mismo punto. Es un callejón sin salida. ¿Por dónde espera que inicie la búsqueda de su identidad perdida?

—No lo sé. Es asunto suyo. Para eso es detective privado y cobra por ello, ¿no?

—Maldita sea, sí —rezongué, bebiendo vino otra vez, aunque no podía olvidar mi resaca del día anterior. Pero aquel vino me sentaba bien—. Pero no me da demasiados indicios por donde empezar. Me dijo que su hermana, fuese Irish o Vicky, fue asesinada.

—Así es.

—¿Justo cuando usted sufrió el accidente de carretera?

—La noche antes, para ser exactos. Pero hallaron su cuerpo después, cuando yo estaba ya hospitalizada.

—Resultó muy casual eso, ¿no cree?

—Sí —me miró, perpleja—. ¿Cree que tiene algún significado especial esa casualidad, Gould?

—No puedo saberlo aún. Hacía un simple comentario.

—Es que yo también me he preguntado a veces por qué tuvo que suceder todo casi al mismo tiempo.

—¿Y no ha encontrado una respuesta? —le miró agudamente.

—No, ninguna.

Permanecimos en silencio un espacio de tiempo que me pareció muy largo. Solamente el ruido de los cubiertos en el plato y el rumor de conversaciones en el local, impedían que se pudiese haber oído el ruido de una mosca..., si es que hubiera habido moscas en el otoño de la ciudad.

—¿Por qué quiere saber quién es? —pregunté de repente.

—¿Y me lo pregunta? —elevó las cejas, clavando en mí sus ojos borascosos—. Creo que una persona tiene derecho a conocer su propia identidad.

—Sí, por supuesto. Pero usted tiene dinero, un hogar, un marido también rico, una existencia posiblemente plácida. ¿Por qué hurgar en busca de algo que tal vez no resulte agradable ni positivo para usted?

—Porque prefiero la verdad, sea cual sea, a vivir pendiente de una mentira, de algo que ignoro y que me tortura.

—¿Ha sido por esos anónimos?

—Sí, en parte —admitió, dubitativa.

—Hábleme de ellos —le pedí con un suspiro, retirando mi plato sin haberme terminado el trozo de carne ni la guarnición, y tomando un lento sorbo de vino.

—Ya le dije cómo fue el primero.

—¿Lo conserva?

—No. Lo arrojé furiosa a la basura. Me indignó. Pero también me inquietó, ésa es la verdad.

—¿Conserva alguno de los demás anónimos?

—Sí. Tres o cuatro.

—¿Los tiene aquí?

—No, no. Si le interesa verlos, se los puedo enviar a su casa por correo.

—Hágalo, por favor. Me interesan. ¿Están escritos a mano?

—No. A máquina. Parece una máquina vieja. Usan sólo las mayúsculas. Están mal alineadas, y a algunas les faltan trozos.

—¿Siempre la misma máquina?

—Supongo que sí. Observé que la letra A está más alta que las demás. Y que la S tiene siempre mellada la curva inferior.

—Si se arruina alguna vez, venga a verme —sugerí, irónico—. Puedo emplearla de ayudante mía, señora Yordan.

—Soy observadora, eso es todo.

—¿Llevan alguna firma? Una inicial, un seudónimo, cualquier

cosa así.

—No, nada. Sólo el texto.

—¿Llegaron por correo?

—Sí, en todas las ocasiones.

—¿Las ha visto su esposo?

—No —bajó la cabeza, jugueteando con su cuchillo y tenedor, sin que pareciera tener ya apetito para continuar—. No ha visto nada.

—¿No sabe nada de esto, por tanto?

—Nada en absoluto. Me dio miedo decírselo.

—¿Por qué?

—Temo, temo que también sospeche que yo pueda no ser Irish. Y si piensa que soy su cuñada Vicky...

—¿Qué ocurriría entonces? —sugerí, alzando mis cejas expectante.

—No lo sé —suspiró—. No sería una situación có- \ moda para ninguno de los dos.

—¿Ustedes duermen juntos? —carraspeé.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

Traté de taladrarla con mis ojos. A veces da resultado. La pregunta no era fácil, pero me quedaba el consuelo de que la respuesta tampoco:

—¿El y usted., son felices en la cama?

Enrojeció ligeramente. La vi morderse los labios, y hubo un destello en sus ojos. No supe si estaba realmente cohibida, furiosa o simplemente recordaba su vida amorosa con Edwin Yordan y el recuerdo la excitaba.

—Sí, totalmente —admitió casi con disgusto.

—Supongo que tampoco puede recordar si lo era anteriormente.

—¿Antes de mi accidente? —me miró con enfado—. No, claro que no. Ni siquiera sé si tuve vida amorosa con Edwin.

—¿Y él? ¿Ha demostrado alguna vez extrañeza, algo que pueda sugerirle a usted la posibilidad de... de que haya sospechado que usted era *diferente* ahora, que había alguna diferencia entre la Irish Yordan anterior y la actual?

—Oh, Gould, ¿son necesarias esas preguntas? Suenan a basura.

—Le aseguro que no me gusta revolearme en esa clase de basura, sí a eso a lo que se refiere —le advertí bruscamente—. Sólo que a veces es necesario hacerlo. Personalmente, no me complace mencionar ciertos temas, pero dado el caso, los veo inevitables. Después de todo, lo que a usted la atormenta es la posibilidad de estar acostándose con su cuñado, suplantando a su hermana muerta, ¿no es cierto?

—Sí, claro —admitió algo .pálida. Respiró con fuerza y terminó moviendo negativamente su rubia cabecita rematada por el

sombrero del velo—. Edwin nunca ha demostrado nada raro. Es un hombre absolutamente normal. No es demasiado apasionado en el lecho, si a eso se refiere. Pero tampoco resulta frío. Yo diría que da la impresión de ser un marido rutinario. Sólo eso.

—Pero usted le ama.

Bajó la cabeza. Noté la crispación de sus dedos sobre el borde del mantel. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Sí —admitió—. Le amo.

—¿Le amaba también su hermana Vicky, en el supuesto de que usted sea Irish?

Me miró, estupefacta. Esa pregunta no se la había esperado. Y, sin embargo, dadas las circunstancias, era la más normal del mundo.

—Es una pregunta sucia, Gould —me reprochó duramente.

—Está bien, lo admito. Soy un sucio detective y nada más —gruñí, apurando mi copa de vino—. Pero escuche, señora Yordan. Los que vienen a mí y me encargan algo, rara vez esperan que mi investigación vaya por terrenos delicados y espirituales. No es ésa la forma de trabajar en mi maldito oficio, y si usted lo pone todavía peor, le daré ahora su cheque, hermana, dejaré que me pague la cena por las molestias causadas, y le diré buenas noches y hasta nunca, ¿está eso bien claro?

Evidentemente, soy un tipo duro. Y a las mujeres les gustan los tipos duros, aunque lo que les digan no sea agradable. Mi cliente se humedeció los labios con la punta de la lengua, se removió en su asiento como si tuviera diez mil hormigas recorriendo su bonito cuerpo, y terminó por manifestar cansadamente:

—Está bien, disculpe. No debí hablar así. Entiendo que quiere ayudarme, pero a veces sus preguntas me resultan demasiado duras.

—No es culpa mía, sino de su maldito asunto. Le pregunté si su hermana estaba enamorada de su esposo.

—No puedo saberlo. Pero creo que sí, le gustaba él. Y hubiera querido ser su esposa. No sé si por su dinero, o porque le atraía como hombre. Me he enterado de eso gracias a Mildred.

—¿Mildred? ¿Quién es?

—Mildred Harris, la secretaria de mi marido en sus empresas y en su carrera política.

—¿Política ha dicho? ¿Su marido se dedica a la política también?

—Empieza ahora. Quiere presentarse a candidato para la alcaldía de la ciudad. Creo que tiene posibilidades, gracias a la protección de Elmer Donovan.

—¡Elmer Donovan! —resoplé—. El senador...

—El mismo —me miró vagamente—. ¿Le conoce?

—Personalmente, no —torcí el gesto—. Pero ¿quién no conoce en Nueva York a Elmer Donovan? Es un político corrompido y sucio.

—Lo sé. Todos dicen eso menos Edwin. El asegura que es un hombre honesto, aunque duro y agresivo. Y que sus enemigos políticos le injurian.

—Ojalá sea así. La política no me importa demasiado. Ni los políticos tampoco. Lo mejor que podría ocurrirle al mundo es que no hubiera ninguno, pero hay males inevitables, señora Yordan. Volvamos a lo nuestro: Mildred Harris, la secretaria de su esposo, le habló de su hermana Vicky.

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Ya sabe cómo somos las mujeres —sonrió ella—. Hablamos de muchas cosas. Un día se sinceró conmigo, en el funeral que se hizo por Vicky a los seis meses de su muerte.

—Fue un bonito modo de pensar piadosamente en ella —observé fríamente.

—Mildred no apreciaba en absoluto a mi hermana.

—¿La conocía bien?

—Bastante bien, sí. Vicky trabajaba en una empresa de productos de belleza. Mi marido tiene una empresa importante del mismo gremio. La Glamour Standard. Incluso sirve productos a Hollywood, a los estudios cinematográficos, haciendo la competencia a Max Factor.

—¿Y Vicky trabajaba para otra empresa de productos de belleza sólo *casualmente*? —insinué sin muchos disimulos.

Ella me miró como si estuviera escupiendo sobre la lápida de su hermana.

—Vicky había sido desheredada por mi padre antes de morir —señaló Irish calmamente, pareciendo no ofenderse ya demasiado, tras un momento de vacilación—. Todo lo heredé yo. Era su voluntad. Vicky había sido una hija díscola y hasta violenta con su padre. Pagó cara esa rebeldía. La falta de fortuna personal, la hizo buscar trabajo. Lo consiguió fácilmente porque era hábil para vender y tenía una buena educación. Se colocó en una concesionaria de cosmética que distribuía los productos de la Glamour Standard. Al parecer, yo le facilité ese puesto. Pero naturalmente, tampoco recuerdo tal detalle. Vicky trabajaba duro y bien. Pronto se cambió a otra entidad, la Beauty Star, precisamente rival en el mercado neoyorquino de la firma de Edwin. Claro que obtuvo un puesto mejor y un sueldo mucho más importante. Pero Edwin se enfureció con ello, porque Vicky podía

revelar muchos trucos del oficio a sus adversarios comerciales. Según Edwin y Mildred, no jugó limpio en ese caso.

—Ya. ¿Eso ocurría mucho antes de que usted sufriera su accidente y ella muriese?

—No, no mucho antes —confesó Irish Yordan—. Sólo tres meses, según creo.

—Tres meses... —reflexioné en voz alta. Luego, cambié bruscamente de tema otra vez, clavando mis ojos en mi sufrida interlocutora—. Bien, ahora vamos a hablar del asunto más importante de todo este caso, señora.

—¿Cuál?

—El asesinato de Vicky Jarrod.

CAPITULO III

—¿El asesinato de Vicky Jarrod?

—Sí, teniente. Eso es lo que dije.

El teniente Kevin Dillman, de la Brigada de Homicidios de la ciudad de Nueva York, me contempló largamente con su característico gesto huraño, manoseó su delgado bigote a lo George Brent, y terminó por sacudir la cabeza con perplejidad.

—¿Por qué te interesa eso, Sid? —quiso saber.

—Al diablo con usted, teniente —me irrité—. ¿Es que no puedo solicitar datos relacionados con un homicidio?

—Oh, sí, por supuesto. Pero estás solicitando datos sobre un asesinato que nunca se resolvió. Un caso inconcluso, en suma.

—Eso no es culpa mía —le hice notar con desgana—. Para algo les pagan a ustedes, ¿no es cierto?

—Maldita sea, cierra el pico —se irritó—. No podemos resolver todo lo que llega aquí. No somos infalibles ni nos ilumina Dios lo suficiente.

—No le eche la culpa a Dios, teniente —reí—. ¿Va a dejarme ver ese dossier o no?

—Antes me gustaría saber por qué te interesa —mostróse cauteloso.

—No puedo. Se trata de un asunto profesional. No puedo revelar a nadie mis asuntos profesionales, ó me quedaría sin trabajo de por vida.

—Que yo sepa, no tienes mucho trabajo últimamente. Y el que has tenido, ha girado en torno a cónyuges celosos, demandas de divorcio y cosas así. ¿Por qué ahora un asesinato, Gould?

—Voy prosperando, sin duda —reí.

—Está bien, te dejaré ver ese dossier. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me informes inmediatamente de cualquier cosa que averigües relacionada con Vicky Jarrod y su muerte.

—Si realmente se relaciona con su muerte y su asesino, lo haré —prometí—. No me han encargado que descubra al asesino, si es eso lo que le preocupa.

—Perfecto. De ese modo, puedes matar dos pájaros de un tiro: cumplir con tu tarea para tu cliente, y con tu deber de ciudadano para con nosotros. Te advierto que si llego a saber que ocultas pruebas relacionadas con este asesinato, será la última vez que disfrutes de tu licencia de investigador privado.

—No tema— bostecé—. Tiene mi palabra.

—¿Y eso sirve de algo? —dudó él, yendo pesadamente al archivo metálico que formaba parte de su despacho en la División

de Homicidios.

Me quedé medio ofendido medio expectante, sentado en un ángulo de la mesa, contemplándome los zapatos como si éstos me fascinaran. En cierto modo, no engañaba para nada a mi viejo amigo Dillman. Yo necesitaba esos informes, y él necesitaba un asesino. Nadie me pagaba por descubrir a la persona que mató a Vicky Jarrod, de modo que podía permitirme el lujo de hacer promesas sin por ello faltar a mi ética profesional ni a mi cliente.

—¿Te lo pagan bien? —preguntó mientras abría con llave el archivador, de espaldas a mí.

—Pseh —eludí diplomáticamente—. Para mi situación financiera, no está del todo mal.

—Supongo que no vas a decirme el nombre de tu cliente.

—Supone bien —reí entre dientes.

—¿Se relaciona de alguna forma con Vicky Jarrod? —insistió él, con su habitual tozudez.

—En cierto modo —caminaba con pies de plomo. El viejo zorro del teniente Dillman podía sonsacarle a uno al menor descuido—. No voy a decirle más, teniente.

—Lo suponía —se volvió hacia mí con una carpeta descolorida en la mano. Tenía adherida una etiqueta engomada, con algunas líneas mecanografiadas y un número de orden. La enarboló como quien enseña a un niño un tarro de golosinas—. Tal vez esté cometiendo un error, pero aquí está el dossier Jarrod. Puedes leerlo, pero sin salir de aquí ni tocar documento alguno, ¿está eso bien claro?

—Como la luz del día —admití sarcástico, sentándome ante la mesa igual que un dócil alumno en la clase.

Puso ante mí la carpeta. Leí su etiqueta engomada:

Asunto VICKY JARROD

1947, octubre 13

Iba a hacer un año, exactamente. Dentro de pocos días, como dijera mi cliente. Abrí la carpeta. Casi me sobresalté.

Era como ver a mi cliente muerta. El parecido resultaba pasmoso. Casi increíble.

—Cielos... —murmuré,

—¿Ocurre algo? —me interpeló bruscamente Dillman. clavando sus ojos en mí y viniendo hasta mi lado.

—No, nada —disimulé—. Estas fotografías..

—Son de la chica, naturalmente. Vicky Jarrod. Así quedó. Creí que estabas más curtido para cosas así, Sid.

—Ya sabe que el crimen no es mi especialidad —eludí mirarle, para contemplar aquella serie de brillantes cartulinas reunidas en

primer lugar y sujetas con un labiado a un informe forense minucioso y detallado.

Vicky Jarrod no había sido más ni menos guapa que su hermana Irish. Sencillamente, eran idénticas las dos.

Me parecía estar viendo a mi cliente en aquellas fotografías, sobre un espeso y oscuro charco de sangre, víctima de un desconocido asesino. Rubia, joven, esbelta, de figura llamativa, de bonitas piernas y bien marcados senos...

Respiré hondo. Creo que estaba sudando. Y el maldito Dillman no me quitaba los ojos de encima. La lámpara de su despacho caía con crudeza sobre mí. Tenía una pantalla verde oscura, y la dura iluminación era casi como un "tercer grado" de esos que se ven en las películas de James Cagney o de Edward G. Robinson.

—Hace calor aquí —gruñí, pasándome una mano por la frente húmeda—. Esa maldita luz, teniente...

—Sí, claro —su voz me sonó pastosa e impersonal—. Es lo que digo yo siempre...

Sonaba tan convincente como si hablara un gramófono averiado. No le hice caso. Estaba examinando minuciosamente aquellas fotografías.

Había numerosos tarros de cosméticos en torno a la víctima. Volcados, rotos o abiertos. Regueros de cremas, de polvos de maquillaje y de barras de *rouge* aplastadas sobre la alfombra. Podía ser un despacho, una oficina o un apartamento. No se veía otra cosa que las patas de una mesa, un fragmento de un sillón y el cuerpo de la muchacha, medio vuelta hacia arriba, con su falda de abertura lateral arrugada sobre los muslos. Se descubría el final de sus medias color oscuro. La sangre se extendía bajo su cuello y su cuerpo, empapando parte de su blusa y su chaqueta sastre.

—¿Y el arma del crimen? —indagué.

—En esa otra serie de fotografías —señaló Dillman, seco—. Estaba cerca de ella, bajo el otro extremo de la mesa. No puede verse en ese encuadre de la víctima.

Miré la segunda serie, compuesta por sólo cuatro fotografías. Dos a distancia, y dos muy próximas, con el arma homicida en primer plano.

Había también salpicaduras oscuras en la alfombra. Sangre, sin duda. Y, desde luego, también el arma estaba oscurecida por la sangre. Me centré en ese instrumento de muerte que había terminado con la existencia de Vicky Jarrod. Si es que ésta era Vicky Jarrod y no Irish Yordan, naturalmente.

El arma del crimen.

Algo tan sencillo como aquello, pensé con tristeza.

Un pisapapeles en forma de viejo galeón. De bronce.

La habían aplastado brutalmente el cráneo. Un golpe en la nuca, tal vez dos o tres. Eso había bastado. Un crimen brutal. Despiadado.

* * *

—Sí, brutal. Es la palabra —admitió el doctor Dolan, de Medicina Forense de la ciudad de Nueva York—. No se me ha olvidado ese crimen, la verdad.

—¿Usted cree que fueron uno o más los golpes recibidos por Vicky Jarrod?

—Se comprobó que fueron varios. Como mínimo tres. Considero que el segundo impacto fue el mortal, aunque el primero ya había fracturado el cráneo. Luego, al remachar el ataque, le causó a la muchacha lesiones irreversibles. Pero el asesino, queriendo sin duda asegurar su obra, golpeó aún más, aplastando el occipital y causando enormes destrozos en su masa encefálica. La muerte debió ser casi instantánea.

—Y usaron el pisapapeles de bronce con forma de galeón.

—Sí, sin duda. Comprobé eso al microscopio, señor Gould.

—En la autopsia, ¿comprobaron si hubo alguna otra señal de violencia sobre la víctima?

—No, no había ninguna otra.

—¿Tampoco sexual?

—Cielos, no. No había ni la menor huella de tal cosa.

—Pero Vicky Jarrod... ¿era virgen?

—No —negó lentamente el forense, mirándome suspicaz—. Era una muchacha normal. Había tenido relaciones sexuales en su vida, si a eso se refiere. Lo comprobé precisamente cuando buscaba huellas de alguna posible violencia sexual.

—¿Relaciones recientes? ¿Se puede dictaminar eso en medicina legal, doctor? —sugerí, sintiéndome realmente sucio por tocar aquellos aspectos obscenos del caso.

—¿A qué se refiere exactamente? —y él me miró como si realmente viera en mí esa maldita suciedad.

—Bueno, no es fácil expresarlo. Digamos que Vicky Jarrod pudo hacer vida marital con alguien. Y, por tanto, pudo haber tenido relaciones sexuales aquel mismo día o pocas horas antes. ¿Eso es fácil de dictaminar en una autopsia, doctor?

—No me paré a examinar ese punto concreto —era obvio que le desagradaba el tema, y en eso estaba yo de acuerdo con él, aunque no me hubiese creído—. Sin embargo, digamos que hacía más de veinticuatro horas, como mínimo, que no tenía relación de ese tipo con nadie. ¿Responde eso a su pregunta?

—Sí, creo que sí —admití pensativo—. Responde bastante bien a lo que quería saber. Ha sido muy amable, doctor Dolan. Una última pregunta, por favor.

—Hágala.

—¿Pudo ser una mujer quien descargó semejantes golpes a la víctima?

—¿Se refiere a la fuerza con que fue descargado el pisapapeles sobre el cráneo de esa joven? —el médico hizo un gesto expresivo, alzando sus hombros vagamente—. Eso es muy aleatorio. Un hombre puede ser demasiado débil para golpear así, y una mujer sobradamente fuerte para un ataque semejante.

—¿Eso quiere decir que pudo ser culpable una persona de cualquier sexo?

—Digamos que sí. Los golpes fueron fuertes, secos. Sin duda necesitaron fuerza. Pero no exagerada. Pudo ser cualquiera. Una damisela frágil, no. Pero una mujer normal, sobradamente. Se lo aseguro, señor Gould.

—Es todo, doctor —agité mi mano cortésmente—. Gracias. Espero que no necesite volver a verle alguna otra vez.

—Yo también lo espero —sonrió él, irónico—. Significaría que había otro cadáver, ¿no es cierto?

Me detuve, sorprendido. Creo que le miré con una perplejidad tal, que debió sentirse desorientado.

—Pues no lo dije en ese sentido precisamente —comenté—. Sin embargo, ahora que usted lo dice... ¿por qué no? Hay un refrán que asegura que quien mata una vez, no duda en hacerlo dos veces.

Me marché del depósito de Medicina Legal del Departamento de Policía de Nueva York. No sabía yo entonces que había hecho un auténtico pleno como profeta.

Pero no tardaría en saberlo.

* * *

Era el lugar donde mataron a Vicky Jarrod.

Me quedé mirándolo con aire reflexivo, mientras la mujer, a mi lado, se apoyaba en su escoba, mirándome inquisitiva. Tal vez pensaba que yo era Sherlock Holmes o algo así, y que al año de un homicidio en aquella oficina, iba a encontrar en la alfombra un hilo o un botón del traje del asesino. Siempre me ha maravillado cómo los asesinos de las novelas son tan descuidados y tan buenos amigos de los detectives. Eso, maldita sea, no ocurre

casi nunca en la vida real.

Claro que allí no había nada. Un año después de un crimen, no quedan ni los rastros de sangre. Además, allí habían cambiado hasta la alfombra. Y seguro que cuando mataron a la chica, tampoco había la más mínima huella en parte alguna.

Pero el lugar tenía su interés. Era un despacho como otro cualquiera de un ejecutivo de altos vuelos. Muebles cromados, mesa de vidrio grueso color grisáceo, sillones torrados de cuero, cortinajes de terciopelo o de buena imitación en tonos sobrios, y unos ventanales asomados a Manhattan, desde el suelo hasta el techo.

Aquél había sido el despacho de Vicky Jarrod, en la empresa Beauty Star. Su despacho de jefe de ventas en la zona urbana de Nueva York. Un cargo importante para una chica de sólo veintisiete años. Su primer cargo de trascendencia. Y el último.

—¿Usted trabajaba entonces aquí también? —me interesé, mirando a la mujer de la limpieza,

—¿Cuando mataron a la pobre señorita? —asintió con energía—. Desde luego, señor. Llevo en la casa cinco años. Era horrible ver esto por entonces. La anterior alfombra empapada de sangre, manchas por todas partes... Suerte que no llegué a ver el cadáver. Hubiera sido espantoso.

—¿No lo vio? —me extrañé. Miré mi reloj de pulsera—. Son las siete y está usted aquí esta mañana. ¿Siempre entra a la misma hora?

—Sí, siempre. A las siete menos cuarto. A las siete y media entra el personal. Me ocupo de repasar solamente la limpieza que hace el personal. Aquí, en los despachos de ejecutivos.

—¿Y cómo no lo descubrió usted? ¿Es que alguien llegó antes?

—Sí, como casi siempre. El propio señor De Wilde.

—¿De Wilde? ¿Quién es?

—¿Pero es que no lo sabe? —parecía gravemente ofendida en algún punto sensible de su persona. Me miró como si yo fuese un despreciable insecto—, Vincent de Wilde, el director general de la empresa, y accionista del consejo de administración. El casi siempre viene antes de las siete. A veces, a las seis o seis y media. Vive esclavo de sus obligaciones. El encontró a la señorita Jarrod.

—¿El la encontró? —me rasqué la cabeza, pensativo, mirando a la mujer.

—Eso es. Entró aquí, al ver la puerta abierta y la luz encendida, y la halló muerta, junto a la mesa. Ahí donde usted está ahora, justamente.

Asentí, mirando la punta de mis zapatos. Recordaba bien la posición en las fotografías. Luego, miré hacia los ventanales y las

cortinas.

—De modo que la mataron por la noche —reflexioné—. Y el asesino, al huir, dejó las luces encendidas...

—Eso debió ser —la mujer de la limpieza se encogió de hombros—. Yo no soy de la policía, señor. Ellos sabrán esos detalles. Pero si había luz aquí...

—Evidente. Tiene que entrar mucha luz durante el día, aunque sea a última hora de la tarde —comenté viendo la cantidad de luz que entraba ahora, pese a lo nublado del cielo matinal—. ¿Es fácil entrar en este local sin ser empleado de la firma Beauty Star?

—Supongo que como en todas partes. Si alguien tiene una llave o el empleado de noche comete algún error...

—¿Es que hay un empleado de noche? —me interesé rápidamente.

—Claro. Hace su turno desde las siete de la tarde hasta las cinco de la madrugada. Siempre ha sido así —y me miró como si yo hubiera preguntado una tontería.

—Aun así, el empleado no encontró el cadáver, sino el señor De Wilde...

—Eso es. Tal vez había terminado su ronda última, o no se fijó en la luz. No puedo saberlo, señor.

—Sí, por supuesto —miré a la mesa. Había otro pisapapeles ahora: una esfera de bronce sobre un soporte de mármol. Me imaginé que el arma del crimen aún estaría en poder de las autoridades judiciales, archivada con otras evidencias del caso. Caminé hacia la salida sin prisas—. Gracias, señora. Creo que es todo.

Abandoné el edificio de la Beauty Star. Era un rascacielos en pleno Manhattan, con las cuatro últimas plantas destinadas a la empresa. Entrar allí quizá fuese difícil o quizá no. Todo dependía de que alguien tuviera una llave o de que la propia Vicky Jarrod le hubiese tranqueado el paso desde dentro.

Si ella tuvo una cita en su despacho esa noche, y nadie debía saberlo, habría tomado precauciones al respecto. En lo único que no pensó, evidentemente, es en que esa visita pudiera romperle el cráneo.

Tenía alguien a quien ver ahora, siguiendo el hilo de mis pesquisas. Alguien llamado Vincent de Wilde, director general y accionista de la empresa de cosméticos rival de Edwin Yordan, el cuñado de Vicky.

No estaba investigando el asesinato de Vicky Jarrod, propiamente dicho. Sólo intentaba saber si, realmente, Vicky Jarrod había muerto aquella noche, o lo hizo en su lugar una mujer idéntica, llamada Irish Yordan.

CAPITULO IV

Era una hermosa tinca en las afueras de la ciudad. Una de esas casas que uno imagina que sólo puede disfrutar una «estrella» de Hollywood, allá al otro lado del país. Pero también las hay en Nueva York y sus alrededores. La de Vincent de Wilde era una de ellas. Y no de las peores precisamente.

Se llegaba a ella por una alameda arbolada, de suave y frondosa sombra, en las cercanías de Juniper Valley Park, en Queens. Dejé mi coche de segunda mano en un aparcamiento de Woodhaven, frente al cementerio de Saint John, y caminé un corto trecho sobre bien cuidado césped, hasta las cercas de la propiedad. Era la casa de los De Wilde.

Vi a través de la valla el sendero de piedrecillas blancas, serpenteando entre setos, rectángulos de césped y arbolillos enanos. Algunas flores de otoño brillaban como pinceladas de color entre el verde frondoso y fresco, con olor a humedad.

Más allá, distinguí borrosamente una pequeña piscina, una cancha de tenis y un edificio vulgar, de ladrillo y piedra, con tejado de pizarra, posiblemente costoso pero no elegante ni deslumbrante. A los De Wilde debía sobrarles el dinero y faltarles buen gusto. Era una simple impresión, claro.

Tiré de un llamador, y oí repiquetear allá a lo lejos un tintineo musical y sonoro. Acudió a atenderme un hombre en mangas de camisa, con cara de pocos amigos.

—¿Qué vende usted? —me preguntó ásperamente—. No necesitamos nada.

—No soy ningún vendedor —repliqué ofendido—. Vengo a ver al señor De Wilde. Me dijeron en su empresa que le encontraría hoy aquí.

—Lo siento. El señor De Wilde no puede recibirle —me espetó sin rodeos—. ¿Quién le digo que vino a verle? El le llamará después, si es algo importante...

—Es importante —asentí—. Y no quiero que me llame después. He venido a verle ahora, hermano, y le veré si no se pone usted terco.

—Escuche, patán —se irritó el tipo, cerrando los puños con gesto de ira en su cara aplastada, posiblemente de antiguo boxeador fracasado—. Si viene buscando camorra, va a encontrarla, y ni su madre reconocerá su cara cuando termine con ella.

—No esté tan seguro de eso —reí burlón—. Siempre estaré más guapo que usted. Además, no busco camorra. Soy detective privado y busco al señor De Wilde por un asesinato.

El tipo se quedó parado, como si le hubiera asestado un golpe a su tórax. Respiró hondo, sin saber qué hacer ni decir, aunque sin duda deseaba probar sus puños en mi rostro. De repente, una voz distante sonó en el jardín, a su espalda:

—Está bien, Rocky, deja entrar al señor. Le recibiré.

Tal vez tenían micrófonos en aquel jardín. O quizá el dueño de la casa tenía un oído muy fino. Estuve seguro de que había hablado desde el campo de tenis. Y así era.

Cuando el feo y desagradable Rocky, a regañadientes, me condujo a su presencia, estaba enjugándose el sudor, con una raqueta en la mano, y vestido de blanco, con pantalón corto. Tenía piernas bronceadas y musculosas, un rostro agradable y viril, habituado a exponerse al sol, ojos claros y sonrisa fácil. Su cabello aparecía mojado y era abundante y castaño. Pero me fijé más en la chica que en él.

Ella era pelirroja, como a mí me gustan. Con buenos pechos, como a mí me gustan. Y con unos picaros ojos pardos, como a mí me gustan. También lucía una faldita blanca plisada, calcetines blancos con rayas rojas y un *pullover* blanco de los que llevaba en sus tiempos Fred Perry. Había tirado su raqueta, y tomaba un sorbo de refresco de cola, a la sombra de un quitasol circular, de muchos colorines. Su postura hacía que pusiera respingón su trasero. Y por el diablo que tenía un bonito y seductor trasero. Tanto como sus piernas bien formadas y como los senos que dibujaba su suéter deportivo.

—Bien, ¿quién es usted? —me espetó el hombre, con desagrado, tal vez porque prestaba más atención a su compañera que a mí.

—Sidney Gould, detective privado —le mostré con desgana mi credencial—. ¿Y usted es Vincent de Wilde?

—Sí, el mismo —señaló con rutina a la muchacha—. Ella es la señorita Audrey Mason, una buena amiga. ¿Puedo preguntarle a qué ha venido, señor Gould?

—Claro. Se lo diré en seguida —contemplé largamente la cancha de tenis, los jardines y el edificio. Todo era allí caro y amplio. La piscina espejeaba a mi espalda, reflejando la luz diurna nublada—. Vengo a hacerle unas preguntas sobre el asesinato de Vicky Jarrod.

Creo que se sobresaltó ligeramente. Al menos, apretó con mayor fuerza la raqueta, dejó de secarse el sudor y me miró como si yo fuese un bicho raro.

—¿Vicky Jarrod? —repitió—. Eso ocurrió hace un año.

—Casi —admitió—. Pero sigue sin resolverse, señor De Wilde.

—De sobra lo sé. Pero imaginé que eso había sido ya archivado

y olvidado.

—Un crimen nunca se olvida del todo, aunque se archive —sonreí—. ¿Lo recuerda usted bien?

—Desgraciadamente, sí —el tema parecía disgustarle profundamente. Tomó un vaso de cola de manos de su compañera, a quien sonrió, distraído—. Gracias, querida.

Bebió en silencio. Yo no le miré mientras bebía. Preferí dirigir una mirada de soslayo a la muchacha. Ella rae ofreció, espontánea:

—¿Quiere beber algo? Aunque está nublado, hace un calor bochornoso para ser otoño. No creo que mejore esto hasta que haya una tormenta, ¿no le parece?

—Sí, pienso igual, señorita Mason —asentí^ agradeciendo con un gesto el vaso de refresco que me ofrecía. Lo apuré de un trago y se lo devolví—. Muy amable.

—Bien, hablemos de Vicky Jarrod, si no hay más remedio —dijo incisivo De Wilde, cortando mi breve charla con su amiguita—. ¿Quién le ha ordenado investigar eso?

—No puedo decirlo —sonreí—. Secreto profesional, entiéndalo.

—Lo entiendo. Pero creo saber quién es su cliente.

—¿De veras? —levanté mis cejas, divertido.

—Sí. Ese imbécil de Edwin Yordan, nuestro competidor. Quiere problemas, ¿no? Tal vez pretende hacer política de todo eso, el muy cerdo.

Me mantuve inexpresivo, sin acusar emoción alguna. Se quedó con las ganas de saber si, realmente, era Yordan mi cliente o no.

—¿Se llevan muy mal ustedes dos? —indagué con aire bobalición.

—Peor que nunca. No es ya sólo asunto comercial. Se trata de cosas más importantes para nosotros y para esta ciudad. Tal vez incluso para el país.

—¿Política?

—Claro. Usted debe saberlo muy bien. Quiere meterse en política. Tiene dinero e influencias. Le gustaría corromper esta ciudad más aún de lo que está. Para ello cuenta con buenos padrinos. El senador Donovan, por ejemplo. Está tan podrido como todo esto. Y hará lo imposible para que su protegido sea alcalde de Nueva York.

—¿Y usted? —pregunté suavemente—. ¿Es su rival político acaso?

—No soy tan imbécil —cortó con aspereza—. No, yo no. Pero tengo mi propio candidato y estoy invirtiendo mucho dinero en su campaña electoral. Llegado el momento, aún invertiré más.

—¿Quién es ese candidato ideal?

—Norman van Ness —me dijo bruscamente—. Pero supongo que usted no viene a hablar de política.

—Supongo que no. Vicky Jarrod no se mezclaba en esas cosas, que yo sepa.

—Vicky Jarrod era una gran chica. Muy eficiente y con un gran porvenir como jefe de ventas. Hubiera llegado muy lejos, si algún maldito bastardo no la hubiera matado. Y estuve siempre seguro de que...

Se interrumpió. Le contemplé curioso.

—¿De qué, señor De Wilde? —quise saber—. ¿De qué estuvo siempre seguro?

—No, de nada —resopló—. No serviría de mucho hacer afirmaciones gratuitas. No tengo evidencias de lo que pienso. Es mejor callar.

—¿Sospecha de alguien en relación con la muerte de Vicky Jarrod?

—Por supuesto —afirmó. Pero no añadió nada más.

—Señor De Wilde, ¿usted tuvo profunda relación con la señorita Jarrod?

—Profesionalmente, sí —me dirigió una mirada glacial—. No interprete mal las cosas, señor Gould. No me gusta la basura que se pretende echar sobre los muertos. Ni me gustan los detectives. Son algo... sucio.

—De acuerdo —suspiré con una mueca—. Somos algo sucio. Es inevitable. Andamos siempre entre tanta porquería, que nos manchamos por fuerza, señor De Wilde. Yo no he sugerido nada, aparte su relación personal con la señorita Jarrod como empleada suya. ¿Llevaba mucho tiempo en su empresa cuando la mataron?

—Unos pocos meses. Había empezado con su cuñado, en la Glamour Standard. Algo no le gustó en ese trabajo o en esa empresa, y se pasó a la mía. Tuvo el suficiente tacto para no mencionarme nunca nada contra su cuñado.

—Pero si se pasó a su empresa, sería porque alguien le hizo una oferta, ¿no?

—No exactamente. Publicamos un anuncio, solicitando un nuevo jefe de ventas. Ella se presentó. Su sexo no significaba ninguna ventaja. Antes al contrario, personalmente yo era opuesto a admitir a una mujer en un cargo ejecutivo. También el consejo de administración. Pero su examen fue brillante y reconsideramos la situación, admitiéndola para ese puesto. Todo se hizo discretamente, y una vez asegurado su trabajo, se despidió de la Glamour.

—¿Fue realmente eficiente el tiempo que estuvo en su empresa?

—Totalmente. No teníamos queja de ella. Además, prometía incluso llegar a más. Y de repente, ese absurdo crimen inexplicable...

—¿Usted halló el cuerpo? —pregunté ingenuamente.

Me miró con irritación. Había tirado su raqueta a un lado, y se acomodaba ahora en una silla bajo el toldo. No me invitó a sentarme.

—Está muy bien enterado, ¿eh? —gruñó—. Si, yo encontré el cuerpo. Eso me costó algunas molestias. La policía es tan estúpida que sospecha siempre de quien halla un cadáver. Pobre Vicky. Le habían destrozado la cabeza a golpes.

—¿Cómo fue usted y no el conserje de noche o las mujeres de la limpieza quienes la hallaron?

—Las oficinas se limpian por la tarde. Por la mañana a primera hora, sólo vienen a revisarlo un par de mujeres y a dar algún toque final a la limpieza. El conserje no molesta a ningún empleado si tiene que trabajar de noche por alguna razón.

—¿Vicky Jarrod tenía que trabajar de noche en esa ocasión?

—Al parecer, sí. Me pidió permiso para ello. Quería adelantar trabajo, porque se iba fuera unos días. Es lo que me dijo. Yo la autoricé a ello.

—¿Le dijo si se iba con su familia?

—No, no dijo más. Ni yo le pregunté. No creo que fuese con su familia. A su hermana la estimaba, pero no así a su cuñado Edwin Yordan. Había entre ellos algún motivo para estar distanciados. No sé exactamente cuál, no me lo pregunte.

—No iba a hacerlo —sonreí—. ¿Qué hizo al encontrarla muerta?

—Naturalmente, primero pensé en una caída, un accidente... Vi tanta sangre... Pronto descubrí el pisapapeles empapado de sangre y comprendí lo sucedido. Me había arrodillado junto a ella, tratando de atenderla, pero me incorporé rápido, y llamé a la policía.

—¿Estuvo seguro desde un principio de que ella era Vicky Jarrod, supongo?

—Cielos, claro que sí —me miró estupefacto—. ¿Quién si no? La conocía muy bien, señor Gould. Y ella era inconfundible, por otro lado.

—¿Usted cree que era *inconfundible* realmente? —le sonreí—. ¿No conoce a su hermana Irish?

—Sé lo que quiere decir. Irish y ella eran gemelas. Idénticas entre sí. Pero Irish Yordan no podía estar en la oficina de mi empresa a esas horas, y Vicky sí. Hubiera sido absurdo dudar de eso.

—Cabía la posibilidad de que Irish hubiese visitado a su hermana allí esa noche, por algún motivo, tal vez antes de salir juntas de viaje a alguna parte, y que la víctima del crimen hubiera sido ella y no Vicky, huyendo ésta despavorida, pongamos por caso.

—¡Qué disparate! Eso no tiene sentido. La mujer de Yordan jamás pondría los pies en una empresa mía. Además... ese mismo día, Irish Yordan creo que tuvo un accidente... La policía me lo refirió mientras se efectuaban las primeras pesquisas. Un choque de automóviles, y resultó herida...

—Imagine que Vicky ve muerta a su hermana Irish, a manos de un asesino. Huye aterrorizada, toma el coche de su hermana, que estaría aparcado frente al edificio, y se aleja, angustiada, conduciendo temerariamente a causa del *shock* nervioso. Sobreviene el accidente, sufre heridas, es hospitalizada, y sale de allí como Irish Yordan, sin serlo. ¿No pudo ocurrir algo así?

—Eso es una locura. ¿Cómo iba Vicky a suplantar a su hermana muerta?

—Sería una suplantación involuntaria. ¿Sabe que los médicos dictaminaron amnesia total cuando recuperó el conocimiento?

—Cielos... —me miró boqueando, como si yo estuviera relatando ahora los cuentos de Simbad o la aventura de Aladino con su lámpara—. Sea como fuere, no tiene sentido. Yo conocía bien a Vicky. Era ella quien yacía en el suelo sin vida. Sus mismas ropas habituales, sus iniciales en la solapa, en metal plateado. Su bolso sobre la mesa, con todos sus documentos.... Incluso su peinado, sus zapatos... Todo. Era ella, seguro. No puedo equivocarme.

—Un vestido, un bolso, unos zapatos y un peinado pueden cambiarse —sugerí.

—Basta —cortó agresivo, mirándome con una luz colérica en sus ojos claros—. No soporto más tonterías. ¿Ha venido a saber cosas de aquel crimen o a montar una sarta de embustes sobre algo tan serio como la muerte de una muchacha indefensa?

—Sólo quiero saber si la muerta fue, *realmente*, Vicky Jarrod.

—¡Lo fue, sí! —sostuvo con energía—. ¿Se va a marchar ahora, señor Gould?

—Claro... —asentí, pensativo. Me quedé mirándole mientras iniciaba la retirada—. Una última pregunta, señor De Wilde.

—Hágala.

—¿Estaba usted enamorado de Vicky Jarrod?

El hombre me miró de hito en hito. Encajó las mandíbulas con fiereza. Pensé que me arrojaría una pelota de tenis a la cabeza. Su voz sonó descompuesta, mientras los pardos ojos de su compañera

pelirroja le miraban con cierta curiosidad morbosa.

—¡Váyase de una maldita vez, entrometido! —rugió, señalándome la salida con dedo rígido y tembloroso.

Me marché, pasando junto a un Rocky malencarado y agresivo, que se quedaba sin duda con las ganas de hacer de mi cara un pastel de fresa. Antes de ausentarme definitivamente del lujoso recinto de Queens, observé que la pelirroja señorita Mason me estaba mirando a mí con un destello irónico en sus bonitos ojos.

* * *

Era una secretaria de las que se hubiesen podido calificar de «peligrosas». Me admiró que Irish no tuviera celos de ella.

Alta, rubia, con pelo suavemente curvado hacia dentro, y dos adornos laterales sobre sus sienes, a la moda, traje sastre oscuro, del que ahora había prescindido de la chaqueta de amplia solapa, dejándose ver en blusa de satén cruda, que realzaba lo bonito de sus formas, tenía unos grandes ojos azul oscuros, boca carnosa bien dibujada por la pintura roja, y una naricilla breve y algo respingona. Su pecho no era amplio pero sí muy bien formado.

—Lo siento, señor Gould —me dijo con su mejor sonrisa—. El señor Yordan no puede recibirle ahora. ¿Puede decirme cuál es el motivo de su visita, para concertar una entrevista lo antes posible?

Mildred Harris, la amiga de Irish y secretaria de su esposo, era realmente un bombón rubio muy apetitoso. Al levantarse de su mesa escritorio para atenderme, había observado que tenía unas piernas muy atractivas, enfundadas en suaves medias de nylon. Me recordaba a Lana Turner, pero con la ingenua personalidad de Betty Grable.

—Dígale solamente que el detective privado Sidney Gould desea verle con motivo de un asunto relacionado con el asesinato de su cuñada, Vicky Jarrod. Es todo.

Noté que ella daba un respingo al apuntar mi encargo en un bloc de notas. Terminó a duras penas de anotarlo, y me miró perpleja.

—Vicky Jarrod... —repitió—. ¿Hay algo nuevo al respecto, señor Gould?

—Podría haberlo —me encogí de hombros enigmáticamente. Tengo a veces un infantil deleite en intrigar a los demás con ambigüedades, y ésta era una de esas veces.

—Espere un momento —dijo alterada—. Tal vez pueda arreglar una entrevista ahora.

La arregló. Le bastaron unos momentos de charla telefónica por la línea interior. Al final, me señaló una puerta vidriera al fondo del amplio recinto de las oficinas principales de la Glamour Standard, y me invitó con fría sonrisa:

—Por ahí, señor Gould. El señor Yordan hará una excepción y le recibirá ahora mismo.

—Gracias, señorita. Ha sido muy amable —incliné mi cabeza hacia ella—. La próxima vez que venga le traeré de obsequio una caja de bombones.

—No me gustan los bombones —rió suavemente—, Gracias, de todos modos. Por el mismo precio, puede traerme unas dalias. Me encantan.

—No lo olvidaré —dije risueño, agitando una mano.

Entré en el despacho privado, auténtico santuario, de Edwin Yordan, el director y propietario principal de Glamour Standard. Y esposo de Irish Yordan, mi cliente.

Se puso en pie para recibirme, alargando una mano recia y grande, que estreché con el mismo calor que él apretó la mía. Era un joven alto, vigoroso y delgado, de facciones enérgicas, ojos oscuros, cabello color café, algo rapado, boca amplia y hombreras excesivas en su americana cruzada, a rayas.

—Bien —dijo, invitándome, a sentarme frente a él y abriendo ante mí una caja de cigarros—. ¿A qué debo el honor de su visita, señor Gould?

Rechacé los cigarros con un gesto, y opté por un cigarrillo emboquillado que encendí distraídamente. Miré fijamente a mi interlocutor. Sobre él, un gran cuadro mostraba en el muro del despacho a un hombre canoso, con bigote, de singular parecido con él. Sin duda, era Yordan *sénior*, fundador de la famosa empresa de cosméticos.

—Creo que la señorita Harris ya le habrá dicho algo... —comenté.

—En efecto —se inclinó sobre la mesa, intrigado—. Me habló de algo relacionado con la muerte de mi cuñada. Pero eso ocurrió hace va un año...

—Lo sé —asentí despacio—. Sin embargo, un crimen nunca prescribe del todo, mientras no haya sido hallado su autor.

—¿Acaso lo han encontrado ya? —se sobresaltó él.

—Desgraciadamente, no —le miré pensativo—. No es ése el caso... todavía. Pero creo que de nuevo se abre la investigación, señor Yordan.

—Habrá algún motivo para ello...

—Lo hay —asentí—. Mi cliente desea saber lo que ocurrió exactamente aquella noche.

—¿Su cliente? ¿Quién es?

—No puedo decirlo —sonreí—. Me está prohibido.

—Oh, entiendo. Pero ¿hay alguien aún interesado en ese horrible suceso, como para pagar a un detective privado e iniciar una investigación?

—Eso parece. Si no, no estaría ahora aquí.

—Bien, en tal caso, ¿qué tengo yo que ver en todo ello? —parecía impacientarse por momentos.

—Usted era su cuñado, después de todo. El esposo de su hermana Irish, ¿no?

—En efecto, pero nada tuvimos que ver con los últimos y tristes sucesos. Mi cuñada había abandonado mi empresa recientemente, para entrar a trabajar con un competidor, y no nos veíamos virtualmente desde hacía semanas, meses enteros en realidad.

—¿Su esposa tampoco se veía con su hermana?

—No sé, pero creo que no. De otro modo, me lo hubiera mencionado.

—¿Las relaciones familiares eran buenas?

—Por supuesto —me miró por primera vez con desagrado y añadió, sarcástico—: Si sospecha de mí, le aseguro que yo no la maté.

—No iba tan lejos, señor Yordan —sonreí—. Sólo me refería a las relaciones entre todos ustedes: su esposa, su cuñada, usted mismo...

—Hubo cierta tensión cuando nos dejó para ir con un rival comercial —suspiró—. Pero eso era todo. Apenas dio tiempo a que nos reconciliáramos todos un poco. La mataron entonces, señor Gould.

—Fue la misma noche en que su esposa sufrió un grave accidente de carretera, ¿no es cierto? —sugerí como al azar.

—Sí, el mismo —asintió él, frunciendo el ceño—. Fue una trágica noche. Aunque sólo supimos lo de Vicky cuando ya Irish, mi esposa, estaba hospitalizada, a mediodía, en White Plains.

—Eso está muy cerca de la ciudad de Nueva York. ¿Ocurrió allí el accidente?

—Sí, allí fue —asintió gravemente mi interlocutor—. Me llamaron con urgencia, acudí y ya entonces estaba mi esposa inconsciente, a la espera de su recuperación. Cuando me dijeron que estaba fuera de peligro, aunque había sufrido diversos golpes en el cráneo, y era posible algún trastorno, me sentí más tranquilo. Luego, al recuperarse, supe que sufría una amnesia total, a causa de los golpes.

—¿Se ha recuperado ya de ella? —indagué, como si no supiera nada.

—Sólo en parte —me mintió con serenidad—. Está normalizándose poco a poco. Fue un accidente muy serio.

—¿Ella viajaba sola cuando sufrió el mismo?

—Sí. Iba a nuestra casa de las afueras. Yo no pude acompañarla. Había dejado en Nueva York asuntos pendientes para aquel día, pero prometí reunirme con ella al caer la tarde del siguiente día. Como sabe, no hubo ocasión de ello. Le oculté lo de Vicky, cuando me informó la policía, hasta que los médicos me autorizaron a que se lo dijese.

—¿Cuándo ocurrió exactamente ese accidente?

—Creo que fue, según la patrulla de carreteras, a las ocho de la mañana del día siguiente a la noche en que fue muerta Vicky, su hermana. Fue un día maldito para ambas. Según el forense, a Vicky la mataron entre doce y dos de Fa madrugada, por eso puede decirse que fue todo en la misma fecha.

—¿Y usted permanecía en su casa durante toda esa noche, trabajando acaso?

—No exactamente. Tuve que venir aquí, a buscar unos documentos y fichas, y seguí mi trabajo en esta oficina hasta el amanecer. Acababa de acostarme en casa cuando me llamaron de White Plains.

—¿Trabajó solo?

Puse mi gesto más inocente para hacer esa pregunta, pero él no picó el anzuelo. Me miró con enfado y meneó la cabeza, afirmando.

—Sí, señor Gould —dijo—. Totalmente solo. No tengo coartada, como ve. ¿Eso le dice algo?

—Por Dios, señor Yordan, no busco coartadas —mentí en parte—. Sólo quería hacerme una idea de dónde estaban esa noche los personajes de mi investigación. Por cierto, aún no sé dónde estuvo su esposa, hasta la hora del accidente.

—Hasta que salió en coche hacia White Plains, estuvo en casa, descansando, como es natural —su tono ahora era seco, casi hostil—. Salió con su automóvil cuando yo me había venido aquí a trabajar. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias —anoté unas cuantas cosas en mi agenda—. Por último, señor Yordan, ¿usted reconoció inmediatamente a su esposa en el hospital de White Plains?

—Cielos, ¿cómo no iba a reconocerla? Es mi mujer. Y no estaba desfigurada.

—No me refería a eso. Su parecido con Vicky Jarrod, su hermana, era notable, según creo.

—Notable, no. Eran *idénticas*. Gemelas, ¿entiende? Pero Irish era Irish, y Vicky era Vicky.

—¿Usted siempre las diferenció a ambas entre sí? —me interesé.

—Siempre —aseguró rotundo, y yo no podía saber si mentía también ahora o no—. Con más motivo cuando acudí a ver a mi esposa. Iba en su coche, llevaba su vestido, sus cosas, y era ella misma. ¿Está eso bien claro, señor Gould?

—Como la luz del día —asentí, risueño—. Gracias de nuevo, señor Yordan. Buenos días. Y le deseo suerte en su futuro político.

—¿Cómo? ¿También sabe eso? —indagó, mientras yo me incorporaba, clavando en mí sus ojos marrón.

—Un detective tiene que saber muchas cosas de la gente a quien trata —reí suavemente—. Creo que colabora con Elmer Donovan, ¿no es cierto?

—Sí, lo es —asintió, estudiándome con expresión algo fría—. ¿No está de acuerdo con el programa político del senador Donovan?

—No, en absoluto —declaré sin rodeos.

—¿Por qué? —se irritó.

—Todo el mundo lo sabe en esta ciudad. Es un corrupto. Un político sucio.

—¡Eso es falso! —se irguió, congestionado—, Elmer Donovan es un hombre íntegro, capaz de terminar con la corrupción de otros políticos que ahora mangonean en esta ciudad. Pero no lo conseguirá hasta tener un alcalde capaz de llevar a cabo sus ideas y proyectos de limpieza política y social.

—¿Ese alcalde será usted? —pregunté con una sonrisa.

—Sí —meneó enérgicamente la cabeza, sin desviar sus ojos de mí un solo momento—. ¿Acaso lo duda también?

—No me gusta la política demasiado. Pero dudo que con Donovan al lado pueda usted hacer nada positivo —confesé.

Y antes de que pudiera echarme los perros encima, salí de su despacho cerrando tras de mí con suavidad. Desde su mesa de trabajo, la rubia y estupenda Mildred Harris me miró largamente, poniéndose en pie.

—¿Ya se marcha? —parecía sorprendida por la rapidez de mi visita a su jefe.

—Sí, señorita Harris. Ya me voy. No me gusta hacerme demasiado pesado en ninguna parte.

Me contempló como si algo en mí llegara a fascinarla, Me detuve y sostuve su mirada con agrado. Resultaba confortante que una chica como ella se preocupara por uno.

—Debe ser fascinante su profesión —comentó.

—A veces solamente —sonreí—. Todos los trabajos tienen su lado malo.

—¿Investiga asesinatos y cosas así?

—No siempre. Digamos que ésta es una ocasión especial.

—Y esa ocasión, supongo, se refiere a... Vicky Jarrod.

—Sí, supone bien.

—Creí que ese asunto se había archivado definitivamente.

—Ya ve que no —la estudié con interés—. Usted conoció a Vicky Jarrod, ¿verdad?

—Sí, la conocí —dejó de mirarme, y me pareció que, de repente, empezaba a disgustarle la conversación.

Recordé que ella era quien había sugerido a mi cliente la posibilidad de que a su hermana le gustara Edwin Yordan, su propio cuñado. Pero tuve el tacto suficiente para no tocar ese punto.

—¿Qué tal chica era? —quise saber.

—Muy atractiva —dijo, ambigua la entonación de su voz.

—No me refería a eso. He visto sus fotografías en el departamento de policía. Y al parecer era idéntica a su hermana gemela, la señora Yordan.

—Sí, así es. Pero Irish Yordan también es muy bonita, señor Gould.

—De acuerdo. Yo me refería a Vicky como persona.. ¿Era inteligente, impulsiva, cerebral, intuitiva...?

—Creo que tenía una rara mezcla. Para el trabajo era inteligente y muy capacitada. Sin embargo, tenía un temperamento apasionado y mucha ambición. ¿Responde eso a su pregunta? —y la risa le bailaba ahora en sus bonitos ojos azul ultramar.

—En parte, sí. Resulta confuso, pero interesante. Gracias, de todos modos. No la molesto más. Tal vez nos veamos pronto. Aquí, o en la oficina electoral.

—¿Votará usted por Edwin Yordan para la alcaldía? —se sorprendió ella.

—No —reí—. Pero valdrá la pena pasar por allí si está usted en el equipo electoral, señorita Harris.

Me alejé, mientras ella sonreía por mi cumplido, y salí a la calle, llevándome en la mente la imagen atractiva de aquella rubia estupenda.

CAPITULO V

Podía haber cenado esa noche en cualquier buen restaurante un menú elegido a la carta. No siempre se tenían mil dólares en el bolsillo para poderlos gastar alegremente. Sin embargo, no sentía deseo alguno de ir a ninguna parte.

Estaba cansado, me dolían los pies y tenía sueño. Todo eso me hizo meterme en casa, tomar un baño reconfortante, y prepararme algo de comida enlatada. El único extra que hice, fue subirme una botella de vino del supermercado.

Cené escuchando la radio y hojeando un diario de la noche donde se hablaba mucho de política y se analizaban las posibilidades que para la alcaldía de Nueva York tenían en estos momentos Vincent de Wilde y Edwin Yordan. Al parecer, el pronóstico se inclinaba por Yordan, lo cual no me sorprendió nada. Norman Van Ness, el político protector de De Wilde, no tenía la influencia que el senador Donovan. Ni tampoco su falta de escrúpulos.

Todo eso me dio asco. La política termina dando siempre asco a toda persona medianamente decente. Yo me considero un tipo tan capaz de corromperse como otro cualquiera, pero al lado de aquella gentuza yo era una especie de angelito caído del cielo.

La radio estaba transmitiendo un programa de canciones de Perry Como y Lena Home, patrocinado por una firma de medias de nylon muy conocida. Bostecé. Tenía más sueño que nunca. Apagué la radio para irme a dormir, sin siquiera pensar en el caso que tenía entre manos. Abrí la ventana para que se ahuyentase el maldito olor a salchichas y puré de patata. Entonces sonó el teléfono.

Lo miré como si hubiera recibido una patada en el estómago. Era lo último que hubiese deseado. Hablar por teléfono ahora con alguien, era una idea que me ponía enfermo. Pero el maldito chisme negro seguía sonando, como un gigantesco grillo irritado, Encima de mi revuelta mesa, y alargué con pereza la mano, descolgando el auricular.

—¿Sí? —gruñí al micrófono—. Aquí, Gould, detective privado.

—Buenas noches, amigo mío —sonó una voz de mujer bastante familiar.

—¿Usted? —traté de despejarme un poco. Después de todo, era mi cliente y se merecía un mínimo respeto—. ¿Qué pasa ahora para que me llame a casa?

—Probé por si estaba usted ahí, en vez de gastando dinero por esos mundos —rió.

—Pues ya ve que soy un buen chico. Estoy aquí. Hecho trizas,

pero estoy.

—Lo imagino. Ha debido estar en muchos sitios. Mi marido me ha hablado de usted. Mildred Harris también. A él le hizo muy mal efecto. A ella, no. Le encontró incluso guapo y atractivo.

—Esa Mildred es un encanto —suspiré—, ¿Sabe algo su esposo?

—¿De usted y de mí? No, nada. Es mejor que siga ignorándolo. Se limitó a comentar irritado que alguien había contratado a un sucio y grosero detective particular, para investigar sobre la muerte de Vicky, haciendo preguntas impertinentes y absurdas.

—Vaya por Dios —me lamenté—. Todo el mundo me llama sucio. Como si esta ciudad y su gente fuesen una bandeja de plata.

—Le creía más curtido en ese aspecto, Gould. ¿Ha descubierto algo de interés?

—No mucho todavía. Lo único cierto es que usted parece ser quien es. Nadie duda de que la muerta fuese Vicky Jarrod.

—Nadie, excepto yo —su voz sonó sombría—. No sólo necesito creer, Gould. Necesito estar segura. Totalmente segura, o terminaré volviéndome loca. Ya le envié por correo todos los anónimos que conservaba. Eran cuatro. Los recibirá mañana, sin duda.

—Excelente. ¿Está sola en casa ahora?

—Sí. Edwin volvió a marcharse después de cenar. Tiene trabajo en su oficina electoral. Seguramente hasta altas horas de la madrugada.

—Ya —me admiré de la cantidad de noches en que Edwin tenía trabajo fuera de casa hasta horas intempestivas. Hubiera querido preguntar a mi cliente si Mildred, su secretaria, le ayudaba también a esas horas, pero me pareció una pregunta impertinente y bastante malévola, y preferí no hacerla. Ella ya tenía suficientes problemas para que yo le regalase uno más—. Estudiaré mañana esos anónimos. Pero si recibe más, no les haga demasiado caso. Hay alguien interesado eh fastidiarla como sea, y ese alguien puede estar relacionado de alguna forma con la muerte de su hermana.

—Procuraré soportarlo si se repite la experiencia. ¿Me llamará usted mañana?

—Depende de su esposo. Si él está en casa, sería mejor no hacerla

—El no estará durante toda la tarde. Puede llamar entonces, si no lo hago yo.

—Perfecto. Así lo haré —iba a colgar cuando recordé algo que me preocupaba, y le hice una pregunta—: Señora Yordan, ¿sabe usted quién era el automovilista con quien chocó en las cercanías

de White Plains aquella noche?

—Pues., no. Nunca me he preocupado por ello. Ya le dije que era un coche potente y que escapó, sin duda amedrentado por las consecuencias del choque, dejándome en la carretera, dentro de mi coche. Mi compañía de seguros cubrió el riesgo. Pero nada me dijeron de ese automovilista.

—Lo imaginaba —suspiré—. Gracias, señora Yordan. Ha sido todo.

—Espere —me rogó—. ¿Cree que... que intentaron matarme *también* a mí?

—Es, justamente, lo que he estado pensando —asentí, colgando después.

Bostecé de nuevo, me desperecé y empecé a desabotonar mi camisa, camino de mi dormitorio.

Y entonces, maldita sea, llamaron al timbre de la puerta.

Esto era ya demasiado. Miré mi reloj. Las nueve y cuarto de la noche. Una hora muy intempestiva para visitar a nadie. No podía ser una visita profesional. A estas horas yo no recibía como investigador privado, lo decía bien claro en la puerta. Sólo hasta las cinco de la tarde.

Pero el timbre volvió a sonar dos veces más, con impaciencia.

Gruñí entre dientes unas cuantas cosas bastante malsonantes, y arrastré mis pobres pies hacia la puerta. Antes de abrir, pensé en la posibilidad de una visita incómoda, y dirigí una ojeada a mi chaqueta, colgada de la pared, junto a la puerta. Dentro de ella estaba mi revólver.

De nuevo sonó el timbre. Y una voz de mujer sonó afuera:

—Abra, por favor, señor Gould. Sé que está ahí.

Era una visita femenina. Olvidé el revólver y me pregunté quién diablos podía venir a tales horas a fastidiarme la noche. Había algo en la voz que me sonaba a conocido, pero no supe qué exactamente.

—Ya va, ya va —rezongué, tirando del picaporte con disgusto.

Abrí. Y ella asomó en mi apartamento, haciéndome dar un respingo de sorpresa. Era como recibir a una princesa en una choza o a un hada madrina en una carbonera. Encajaba allí tanto como hubiese encajado yo en un baile de gala en la Casa Blanca.

—Usted... —murmuré, sin saber qué añadir.

—¿Sorprendido? —rió ella, divertida—. Veo que sí, señor detective. ¿No va a invitarme a pasar?

—Claro. Pero esto es una leonera. Apesta a comida barata, a vino, a ropa sucia, a suburbio... ¿Qué diablos hace una chica como usted aquí?

—Ya lo ve: visitarle.

Y se volvió a reír, como si todo aquello formara parte de una broma estúpida.

Para mí, al menos, lo parecía. Una pelirroja elegante como Audrey Mason, la amiga de Vincent de Wilde, a quien había visto aquel mismo día jugando al tenis en la lujosa finca de Queens, no encajaba en absoluto en mi ambiente ni en mi casa. Y, sin embargo, allí estaba ahora, mirándome risueña, contemplando divertida mi horrible madriguera, y ataviada con un modelo discreto y elegante, de seda natural color gris perla, que debía de costar un dineral en cualquier firma de alta costura de la Quinta Avenida.

—En ese caso, siéntese —ofrecí, quitando unos diarios y una revista erótica de encima de una silla—. Sólo puedo ofrecerle vino, cerveza o café. Detesto los refrescos.

—Yo también. Sólo los bebo cuando juego al tenis —confesó, sentándose con la mayor naturalidad del mundo. Contempló los platos sucios en el fregadero, la camisa puesta a secar ante la ventana, y el desorden absoluto de mi vivienda con aire risueño—. Se ve que vive solo, Gould. Necesitaría una mano femenina que pusiera orden aquí.

—Lo que necesitaría es otra vivienda mejor —suspiré.

—¿Por qué no la tiene? ¿Tan poco gana en su trabajo? —me estudió inquisitiva.

—Exactamente. Ese es el problema. Aún no me ha dicho si tomará algo...

—Café, por favor —me pidió—. Ya he cenado.

Le puse café en silencio. Luego la miré pensativo, tratando de ordenar mis ideas.

—¿Cómo me encontró? —indagué.

—¿Y usted es detective? —sonrió ella—. Existe una guía telefónica. Y sabía su nombre por su visita a Vincent. Elemental, ¿no es cierto?

Reí de buena gana. Aquella chica tenía sentido del humor. Parecía otra muy diferente a la que viera en casa de De Wilde.

—Perfecto —aprobé—. Un buen trabajo. Ahora dígame por qué ha venido.

—Supongamos que quisiera contratar sus servicios —me miró fijamente.

Me puse en guardia. Todo esto podía formar parte de un plan de De Wilde para sonsacarme el nombre de mi cliente o ponerme en dificultades. Argumenté, algo seco:

—Lo siento. Tendría que comprobar que sus intereses no son opuestos a los de un cliente que tengo en la actualidad. Después de todo, nos conocemos de una pesquisa mía relacionada con el

asunto que investigo. Eso podría ser significativo.

—Pero no lo es —confesó ella con desparpajo— No me interesa quien sea su cliente ni el asunto criminal que lleva entre manos. Mi caso es otro distinto. Muy distinto.

—En ese caso, hámleme de ello y tal vez pueda trabajar para usted —ofrecí, aunque sin bajar por ello mi guardia.

—No hay mucho que contar —suspiró—. Me gustaría casarme con De Wilde. Es un buen partido para cualquier chica.

—Yo no soy una agencia matrimonial —le hice notar fríamente.

—Oh, claro que no. No he venido a pedirle consejo sentimental ni a rogarle que interceda por mí a Vincent de Wilde. Sólo quiero que me ayude a ser la señora De Wilde.

—¿Y no es lo mismo?

—No, no es lo mismo —rechazó—. Quiero saber quién es la persona con quien Vincent tiene relaciones amorosas y que se interpone entre él y mis propósitos,

—¿Por qué tiene tanto interés en De Wilde? Usted no parece una chica pobre.

—Y no lo soy. Pero él es aún más rico que yo. Sin embargo, tampoco es ese el motivo. Me atrae ser la señora De Wilde.

—¿Está enamorada de él?

—No.

Levanté las cejas, perplejo.

—¿Entonces...?

—Sé que Vincent llegará a ser un hombre famoso, un personaje público importante. Incluso sospecho que un día será presidente de Estados Unidos, si no se tuerce su carrera política. Es eso lo que me atrae.

—¿Ambición de notoriedad, de fama, de prestigio y todo eso?

—Sí, aunque le parezca extraño —sonrió con cierta frialdad ahora—. Pero Vincent sólo es un buen amigo. Le gusto, de acuerdo. Pero no piensa en casarse conmigo por causa de alguna otra mujer que no conozco.

—¿Una novia o una amante?

—Tal vez lo segundo. Una mujer que le absorbe. Una pasión que oculta cuidadosamente. Quisiera descubrir su identidad, eso es todo. ¿Puede ocuparse del asunto?

—Sí, creo que sí —admití—. Esa clase de trabajos son mi especialidad. Y no aféela para nada a mi actual trabajo, imagino.

—En nada. De Wilde estuvo enamorado también de Vicky Jarrod, pero eso pasó.

—¿Lo estuvo, realmente? —me sentí súbitamente interesado.

—Claro —me miró con fijeza, casi burlona su expresión—. El no le contó toda la verdad hoy. Ni mucho menos. Yo sé más de lo

que él dijo.

—Pero no va a contármelo.

—¿Por qué no, si soy su cliente ahora? Puede servirle de indicio sobre los gustos de Vincent. El estaba loco por su protegida, Vicky Jarrod. Por eso la contrató para su empresa. Luego, empezó a sentir celos de ella. Creía que se veía con alguien en su despacho, cuando se quedaba a trabajar allí hasta tarde. Y sé algo más.

La estudié, pensativo. Si esperaba que la apremiase, impaciente, se llevo un chasco. Yo me limité a esperar, con mis cejas arqueadas.

—Sé que estuvo aquella noche en las oficinas. Vigilando a Vicky Jarrod.

Traté de no demostrar excitación. Mi pregunta sonó serena:

—¿La noche del crimen?

—Sí. La noche del crimen —asintió—. En realidad, fue para salir de dudas. No la encontró a las seis de la mañana, sino *a las dos de la madrugada*. Recién asesinada...

—¿Y qué hizo entonces?

—Marcharse aturdido, roto, desconcertado. Vagó por ahí, volvió a la oficina, y finalmente, a las seis, avisó a la policía, ocultando que la hubiera encontrado antes.

—¿Cómo sabe eso?

—El me lo confesó entonces, en plena crisis nerviosa. Ya no ha vuelto a hablar de ello nunca más.

—¿Por qué me lo cuenta ahora a mí?

—Porque veo que le interesa el caso Jarrod. Puede serle útil ese informe.

—Puede serlo, sí. Pero también puede ser peligroso para su amado Vincent de Wilde.

—¿Peligroso? ¿Por qué? —ahora fue ella quien enarcó sus finas cejas rojizas.

—Porque pudo haberla matado él, movido por sus celos, inventando luego esa historia. ¿No se ha parado a pensarlo?

—No creo que Vincent pueda ser un criminal.

—Se asombraría de la clase de personas que llegaron a ser criminales, señorita Mason. Muchas de ellas parecían incapaces de haber roto un plato en su vida.

—Estoy segura de que Vincent no es de éstos. Ahora ya sabe la clase de chicas que le atraen. Jóvenes, audaces, poco escrupulosas y de bonitas curvas.

—Casi como usted —sonreí.

—Casi —admitió ella, burlona, mirándome de un modo raro—. De modo que ya soy su cliente, ¿no?

—En efecto. Sólo hay que hablar de honorarios. Puedo

resultarle caro...

—El dinero no me preocupa —miró de nuevo en torno—. Le pagaré mil quinientos dólares por su tarea. ¿Es una suma razonable?

Me dejó sin aliento. Por buscar a una mujer, presunta novia o amante de su amigo De Wilde, era demasiado dinero. Pero antes de que pudiese hablar, ella había abierto su bolso de piel de serpiente, caro y elegante, extrayendo un rollo de billetes. Puso sobre mi mesa quince de ellos. Todos eran de cien. Aquella muchacha iba por el mundo con un tesoro en metálico encima. Eso no resultaba prudente a estas horas de la noche, y menos aún en mi barrio.

Guardé el dinero. La tendí mi tarjeta y expliqué:

—Llámeme cuando considere oportuno. En menos de cuarenta y ocho horas tendrá la información que busca. Si no tuviera el otro trabajo, mañana mismo estaría en su poder.

—No me urge tanto. Trabaje a su ritmo habitual, Gould —apuró su café y de repente soltó dos botones de su vestido, sobre el busto, quejándose—: Hace mucho calor aquí...

—Sí, es un lugar incómodo, sobre todo para personas como usted —admití—. Espere, iré a abrir del todo la ventana...

—No, no lo haga —me interrumpió vivamente—. Tengo otros medios para refrescarme...

Me volví al oír un crujido de tela y el chirrido de una cremallera. Me quedé estupefacto.

Audrey Mason, mi nueva cliente, se había quitado el vestido. Así, simple y llanamente. La tela gris perla yacía sobre otra silla cercana. Encima de la carne prieta y redondeada de aquel cuerpo femenino, joven y espléndido, sólo vislumbré una combinación de seda translúcida, un sujetador y una braguita en igual tejido y color. Debajo, las medias de nylon ceñidas a los muslos blancos y bien torneados, hasta cerca de sus nalgas.

—No haga eso —gruñí—. Soy un tipo inofensivo, pero no se debe abusar de mi buena fe.

—¿De veras? —rió burlona. Y de repente, soltó los tirantes de su combinación, que se deslizó, reptando sobre sus caderas y muslos, hasta quedar a sus pies. Se irguió ante mí, con sólo sus dos piezas íntimas. Tenía unas formas generosas y firmes—. Supongamos que no quiero abusar de su buena fe, Gould. Que, realmente, *no quiero* que tenga buena fe...

Y por si todo aquello fuese poco, sus dedos soltaron con habilidad el cierre de su sostén. Este se desprendió de las dos espléndidas copas de carne que eran sus senos. Unos pezones rosados y duros apuntaron hacia mí, erectos. Me dio vueltas la

cabeza.

—Señorita Mason, ¿qué pretende? —notaba la sangre hirviendo en mis venas—. Se supone que es sólo mi cliente, que está enamorada de otro hombre con quien quiere casarse...

—¿Y qué? —rió entre dientes—. Hoy en día, nadie se casa con una virgen, querido. Una cosa es que tenga ambiciones matrimoniales, y otra que no me acueste con un chico guapo que me guste. ¿Por qué crees que vine aquí esta noche? ¿Sólo para contratar tus servicios? Hay cientos de investigadores privados en la ciudad que podrían hacer esa tarea. Pero no me gustarían en absoluto, estoy segura. Y tú sí...

Había venido hasta mí, contoneándose. Me abrazó, noté la tibieza de su piel, la tersura de su carne joven, y sus pechos se apretaron contra mi torso. El aroma de su perfume, de su epidermis, me envolvieron. Sus muslos cálidos presionaron los míos. Yo recorrí su espalda con mis dedos.

—Sidney... —musitó—. Bésame...

Me ofrecía sus labios carnosos, entreabiertos. Los besé. Noté su lengua jugueteando con la mía ardorosamente. Y perdí la noción de todo. Incluso perdí mis últimos escrúpulos.

Ella no era ninguna inexperta. Conocía bien el juego del amor. Yo le había gustado y se ofrecía a mí. Si había otros motivos, me tenían sin cuidado. Su cuerpo se entregaba dócil, estremecido. Y qué diablos, yo no soy de piedra.

La llevé a mi dormitorio en brazos. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

En las horas siguientes, me demostró cumplidamente su experiencia sexual. Desde luego, si alguna vez lograba casarse con Vincent de Wilde, ésta no iba a llevarse una doncella. Pero maldita la falta que le hubiera hecho.

Aquella chica era fuego puro cuando se notaba desnuda entre los brazos de un hombre. Y a mí me gusta quemarme en ciertas ocasiones. Esta era una de ellas.

Eran ya las tres de la mañana cuando yo fumaba un cigarrillo, semidesnudo, y ella se vestía lentamente, mirándome todavía con expresión complacida. Era confortante para un hombre saber que no quedaba mal con una chica como ella.

—Eres estupendo, Sid —me dijo tiernamente.

—Y tú adorable —le respondí, echando volutas de humo al techo, desde mi posición en la cama—. ¿Te marchas ya?

—Tengo que hacerlo —suspiró—. Pero volveré algún otro día, puedes jurarlo.

—Siempre serás bien recibida —sonreí—. Y no sólo como cliente. ¿De veras deseas que trabaje en ese asunto?

—Claro. No creas que he venido a pagarte un ralo de placer, maldito granuja —rió de buena gana—. Quiero saber quién es la fulana que se interpone entre el apellido De Wilde y yo.

—Eres una chica rara —confesé.

—Ya lo sé —terminó de vestirse, se inclinó y besó mi torso. Yo acaricié su trasero suavemente, y ella me dio un leve cachete cariñoso—. Atrevido... Adiós, amor.

Me incorporé, poniéndome el pantalón. Fui con ella hasta la puerta. Antes de abrirla, ella me rodeó de nuevo con sus brazos y me besó largamente. Sentí un hormigueo raro, y ella también, porque se apartó veloz de mí.

—Es tarde —dijo—. No me tientes, Sid. Volveré, ya te lo he dicho.

—Buenas noches, querida.

Abrí la puerta. Ella salió.

Y antes de que yo cerrase, una especie de martillo de dos toneladas se estrelló en mi cara, rompiéndola en mil pedazos.

CAPÍTULO VI

El asqueroso bastardo estaba allí.

Me miraba sonriente, con su fea cara aplastada, mientras enarbolaba aquel puño suyo, brutal y terrorífico, que acababa de hacer estallar mi cara como si fuese un tomate maduro.

—Perro, hijo de puta —me espetó soezmente, avanzando hacia mí y cerrando la puerta de golpe—. Te voy a hacer pedazos ahora mismo.

Borrosamente, oí las pisadas rápidas de la chica, perdiéndose escaleras abajo, alejándose de mi casa. Encerrado con aquella bestia feroz que era Rocky, el guardaespaldas de Vincent de Wilde, tenía tantas posibilidades de salvar mi físico como de vencer en un duelo a un rebaño de toros bravos.

Sangraba por boca y nariz copiosamente, y me dolía toda la cara igual que si hubiese recibido una docena de coces. No contento con ese ataque por sorpresa, el tipo venía hacia mí, y su corpulencia sin fisuras se interponía fatalmente entre mí y mi revólver.

—De modo que seduciendo a la chica de mi jefe, ¿eh, bastardo? —me interpeló—. Estaba seguro de que venía hacia acá y que tú abusarías de ella, sucio rufián...

Era inútil discutir con él. Venía decidido a hacer algo, y lo peor es que lo haría. No tenía ninguna posibilidad a mi favor.

Me disparó su puño derecho y pude eludirlo con una finta rápida, pero no así el izquierdo, que vino a mi encuentro salvajemente y debió sacudir todos mis dientes hasta su raíz. Si no cayeron al suelo debió ser de puro milagro.

Mi cuerpo saltó atrás, golpeando en los muebles y terminando por derrumbarse en un rincón, en medio de lo que parecía ser una nube de sangre que me envolviera. Noté su salobre sabor en mi boca, y capté turbiamente que mi torso desnudo y mi pantalón estaban lastimosamente salpicados de rojo.

El maldito Rocky reía como un loco observando la demoledora eficacia de sus golpes, y yo apenas si podía mantenerme consciente, sacudiendo mi aturdida cabeza, aunque ello hacía que las salpicaduras de sangre lo invadiesen todo a mi alrededor.

En ese momento, el tipo se me vino encima otra vez, bajando su roma cabeza como un astado en su embestida decisiva para machacar al adversario roto y vencido.

Estaba volcado de espaldas entre una silla, un montón de periódicos y el fregadero y la cocina. Si me quedaba quieto y recibía allí a aquel ariete humano, podía darme por perdido. Me machacaría sin compasión, si es que no lo estaba ya.

Entonces se me ocurrió alzar una mano, estirar mi brazo lo más posible, y me encontré con el redondo borde de uno de los platos de comida, hundido en el fregadero, junto a mi confusa y masacrada cabeza.

Fue algo providencial. Aferré con toda mi ya escasa fuerza aquel círculo de loza, lo partí sobre el borde de la pila, y luego, cuando el maldito Rocky se me vino encima, levanté el fragmento de plato, y le pegué en pleno rostro, procurando luego darle un impulso fuerte, transversal, que significó para su cara un tajo de lado a lado.

Exhaló un aullido animal, de dolor infinito, y tuve la satisfacción de ver chorrear sangre de su cara, repentinamente cruzada por un profundo surco en diagonal del que brotaba el vivo escarlata, bañando sus ropas y sus manos crispadas.

—¡Mi cara, mi cara! —aulló entre frenéticos manoteos, intentando ver a través de la sangre que su rasgada nariz le lanzaba sobre los ojos y las cejas hirsutas, salpicadas de cicatrices del ring—. ¡Te mataré, te mataré, bastardo de mierda...!

Yo sabía que lo haría si lograba ponerme las manos encima. De modo que salté como mejor pude entre muebles y objetos, eludiendo sus ciegos impactos, y luego corrí hacia la puerta, pero no con la idea de huir.

En vez de eso, alargué mi mano, rebusqué en mi chaqueta precipitadamente, y extraje al fin mi revólver, un «Smith & Wesson» calibre 38, que alcé al techo, haciendo un disparo.

Retumbó la detonación, frenando considerablemente sus impulsos. Tambaleante, con la cara convertida en un mapa sangriento, Rocky se detuvo, asustado. Yo le avisé, con voz que no admitía contemplaciones:

—Eso es todo, hermano. Mi siguiente disparo irá contra tu asqueroso cuerpo, ¿está claro? Si no sales inmediatamente de aquí, avisaré a la policía.

Si mis palabras no eran lo bastante convincentes para él, vino algo a apoyarlo con súbita eficacia: en la calle, no lejos de allí, sonó la sirena de un coche patrulla.

Me sorprendió que viniesen tan pronto, puesto que acababa de apretar el gatillo, pero eso convenció a Rocky, que se precipitó, jadeando como un animal herido, hacia la salida del apartamento. Pude haberlo detenido arma en mano y exigirle explicaciones de aquel brutal allanamiento de morada, pero no me pareció prudente. Se largó escaleras abajo, dando trompicones y dejando un regular reguero de sangre. Oí arrancar un coche, y poco más tarde, las sirenas de la policía se detenían ululantes a la puerta de mi casa.

Cuando subieron dos patrulleros revólver en mano, yo estaba tratando de hacer algo decente de mi maltrecho rostro, gracias a cubitos de hielo de mi frigorífico y paños mojados en el grifo del fregadero. Les miré, notando dolores en toda mi cabeza.

—¿Qué ha pasado aquí, señor? —preguntó uno de los patrulleros—. Parece un matadero.

—Pero no hay nadie muerto, por fortuna —resoplé—. Un tipo entro por sorpresa y me machacó a placer. Pero yo logré defenderme con un plato roto y se largó.

—La vecindad ha oído también un disparo —señaló el patrullero, irónico—. ¿Eso se hace con un plato roto, amigo?

—Claro que no —le señalé hacia mi chaqueta—. Mire ahí. Tengo mi credencial. Soy, detective privado y tengo licencia de armas. Supongo que puedo disparar al aire para defenderme de un agresor, ¿no?

—Sí, supongo que sí —fue a comprobar eso en mi chaqueta—. Ya vi su rótulo en la puerta. Extraña oficina profesional la suya...

—No puedo tener otra —gruñí—. No soy un detective de lujo.

—Ya se ve. Menos mal que tiene buenos amigos. Y amigas, al parecer —añadió, irónico.

—¿Amigas? —enarqué las cejas—, ¿A qué se refiere?

—Una voz femenina llamó a la policía dando esta dirección hace unos momentos. Por fortuna, estábamos cerca de aquí y acudimos. Ella dijo que era usted atacado por un hombre violento y muy fuerte. No dio nombre alguno, salvo el de usted. ¿Quién era él?

—¿Mi agresor? No sé —mentí. Quería arreglar aquello a mi modo, no al de la policía—. Nunca le había visto antes. ¿Dijo la mujer que les llamó quién era?

—No —me miró suspicaz—. Usted tiene que saberlo...

—Pues no lo sé —volví a mentir—. Tengo algunas buenas vecinas.

—Ya —no se creía una palabra, y hacía bien. Yo estaba bendiciendo mentalmente a Audrey Mason. Parecía ser una buena chica, aunque huyera de allí. Yo, en su lugar, también lo hubiera hecho, sobre todo conociendo a Rocky como ella debía conocerle. Paseó por la estancia, examinando la abundancia de sangre, y me explicó, anotando algo en un bloc—: Abajo también dejó un reguero de sangre su «amigo». Pero tomó un coche y se largó. No será fácil dar con él. ¿Quiere que le dejemos protección?

—No, no hará falta —rechacé—. Estaré en guardia y no abriré a nadie sin tener mi revólver en la mano.

—Bien, allá usted. Nosotros informaremos de esto. Tal vez tengamos que volver, pero no por esta noche. Veo que tiene cara

de sueño, a pesar de los golpes recibidos. Descanse bien. Y cuídense, amigo.

—Lo intentaré —sonreí entre mis labios hinchados—. Gracias, agente. Y buenas noches.

—¿Noches? —rió él entre dientes, haciendo un gesto a su compañero para encaminarse ambos a la salida—. Más bien diría buenos días... No tardará en amanecer.

Me dejaron solo. Suspiré, terminando de limpiar mi cara, y me acosté. Me dormí, pero eso no me quitó el dolor. Tuve pesadillas, y cuando me desperté, con el sol ya bastante alto, la cara me dolía como si tuviera en ella toda una marabunta devorándome poco a poco.

Me lavé como pude, torciendo el gesto a cada calambre doloroso que emitía mi rostro. Luego, todavía tan deformado como cuando alguien se enfrentaba a Joe Louis en la lucha por el título de los grandes pesos (1), abandoné mi sucio apartamento sin lavar siquiera el único plato sano que quedaba en el fregadero, y salí apresuradamente, tomando mi viejo coche.

(1) Joe Louis fue campeón de los grandes pesos desde 1937, en que ganó el título a Jim Braddock, en Chicago. Tras el paréntesis de la Guerra Mundial, durante la cual fue un soldado más de su país, Joe Louis no perdería el título hasta 1950, en el Madison Square Garden, de Nueva York, frente a Ezzard Charles. (N. del A.)

Naturalmente, iba hacia Queens. Tenía que ver otra vez a Vincent de Wilde. Y, de paso, si era posible, a su fiel Rocky, el triturador. Pero esta vez, con mi revólver de por medio, por si acaso.

* * *

Todo continuaba apacible y tranquilo en aquella zona residencial de Queens. La proximidad del cementerio parecía insuflar de paz y de sosiego a la zona. Algunos pajarillos, pese a lo avanzado de la estación, emitían sonidos melódicos entre la arboleda, y en algunas propiedades funcionaban los aspersores de riego con monocorde zumbido, mojando el césped adecuadamente. El cielo seguía nublado, pero no llovía ni estallaba aquella tormenta que podía limpiar la atmósfera ciudadana.

Me detuve ante la casa de De Wilde. Iba a tirar del llamador, cuando observé que la puerta de la valla estaba abierta. La empujé lentamente. Cedió, y me franqueó el paso al sendero de piedrecillas blancas. Me moví por ésta, sin vacilar. Era una

intrusión en toda regla, pero no podía resistir la atentación de sorprender al poderoso y rico caballero De Wilde, el favorito de las clamorosas, en su propio santuario.

Me moví por el jardín sin problemas. El silencio alrededor mío era total, y el aire con fuerte olor a césped húmedo y a tierra mojada, no hacía sino acrecentar esa sensación de sosiego que se sentía allí casi físicamente.

Rodeé los setos, avanzando hacia la pista de tenis. No llegué a ella. Ni hacía falta ya. No iba a sorprender en modo alguno a Vincent de Wilde. Por la sencilla razón de que ya antes le había sorprendido otra persona.

Estaba en la piscina. Pero no disfrutando de su baño.

Flotaba boca abajo, con los brazos extendidos, llevando encima solamente un bañador estampado, de colores azules y amarillos. Había sangre mezclada con el azul límpido de las aguas de la piscina, y un feo agujero oscuro en la nuca del aspirante a la alcaldía de Nueva York y propietario de la Beauty Star.

Le habían matado de un balazo, según todas las apariencias.

Olfateé el aire, permaneciendo tenso al borde de la piscina. El aroma dominante era el de la hierba mojada, pero no era ese todo el olor perceptible allí. Había otro, acre y desagradable, que me resultaba familiar.

Pólvora.

No hacía mucho tiempo que se disparó el arma asesina. Además, el cuerpo no estaba rígido. Sencillamente, flotaba sin vida. Y la sangre no se había diluido del todo en el agua de la piscina.

Tuve una repentina idea, y sacando mi revólver del bolsillo, corrí con rapidez hacia los altos setos que rodeaban la cancha de tenis, tras las alambradas de la misma. No hubo una razón concreta para hacer aquello, pero a veces me dejo guiar por mi instinto, y éste no me traiciona.

Alguien echó a correr tras los setos. No pude verle, pero escuché sus pisadas rápidas y precipitadas. Grité, vacilando en mi intención inicial de disparar al aire:

—¡Alto! ¡Quieto quien sea, o disparo!

No me hicieron caso. Ni yo disparé. No podía ver nada tras aquellos setos tan altos y frondosos, y lo único que lograría era alarmar a la vecindad. Busqué un lugar adecuado para saltar sobre los setos y buscar al fugitivo.

Tardé en dar con él, porque la valla alamburada de la pista de tenis me lo impidió. Cuando hube salvado el seto encaramándome a él, y saltando al otro lado, todo lo que llegué a descubrir, fue un automóvil partiendo rápido, allá en la carretera, a la vuelta de la

curva que formaba la zona residencial con el cementerio y la zona verde colindante.

Lo único que observé es que se trataba de un coche deportivo, color verde oscuro. Pero debía de haber muchos así en Nueva York, y no llegué ni siquiera a captar una parte de su matrícula o de su modelo. Desapareció mucho antes de que pudiera echarle la vista encima, y pensar en seguir a aquel vehículo con mi viejo coche de segunda mano, era como soñar en alcanzar a un campeón olímpico de maratón, caminando con muletas.

Maldije entre dientes mi mala fortuna, y regresé a la piscina porque era lo único que podía hacer. Acababa de inclinarme sobre el agua y manejaba una pértiga para atraer hacia la orilla el cadáver de De Wilde, cuando crujieron los arbustos cerca de mí, y una voz áspera me conminó:

—No se mueva, salvo para levantar sus brazos bien visiblemente. Si intenta algo, le vuelo la cabeza, amigo.

Lo dijo de un modo que daba a entender que lo haría a poco que yo le provocase. De modo que no le provoqué, por si acaso. Me incorporé despacio y levanté mis manos como si fuera a rascar las nubes con mis uñas. Me quedé mirando fríamente a mi interlocutor..

Iba uniformado de azul oscuro y llevaba un revólver de reglamento en la mano. Le seguía otro patrullero. Y dos hombres con gabardina y el inconfundible aspecto de policías de paisano. Me miraban todos como si yo fuese Al Capone o Johnny Tonio.

—Soy Sidney Gould —expliqué—. Detective privado. No tengo nada que ver con esto.

—Bueno, eso ya lo veremos —dijo uno de los hombres con gabardina—. Vamos, venga acá sin mover para nada sus brazos.

Le obedecí. No tenía otro remedio.

Me registraron, me quitaron el arma, examinaron mi credencial y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, cerraron unas esposas sobre mis muñecas. Uno de los patrulleros comentó con sorna, mirando mi cara:

—Amigo, le han puesto bueno. ¿Fue el muerto, antes de que usted le matase?

—Váyase al infierno —gruñí—. Una patrulla de ustedes sabe lo que pasó. Anoche vinieron a mi casa, sobre las tres y media de la mañana. Ese hombre no tuvo nada que ver. Vine a visitarle y lo encontré muerto. He seguido a alguien que huía. Pueden ordenar su búsqueda. Iba hacia el sur de Queens. Un coche deportivo verde aceitinado. No sé marca, modelo ni matrícula, pero podría ser un Ford.

—Va —anotaron eso, y uno fue hacia el exterior—. Avisaré, por

si acaso. ¿Dice que el asesino huía en él?

—No he dicho eso. Huía alguien, pero no sé quién. Ahora que estaba aquí cuando ya llegué, oculto tras los setos del campo de tenis. No sé nada más.

—Pero sabe quién es el difunto, ¿no?

—Claro. Le conocía. Es Vincent de Wilde, el dueño de esto. Pudo haber llegado a ser nuestro alcalde, si hubiera vivido. Pero eso ya no cuenta.

—Está bien, vamos al Departamento —me empujaron hacia sus coches aparcados ante la casa—. Contará allí toda su historia, amigo.

—Una pregunta —dije, camino de los automóviles policiales.

—¿Cuál? —gruñó el agente, arrugando el ceño.

—¿Como vinieron aquí? ¿Tienen ustedes poder telepático?

—No —rió de buena gana—. Alguien telefoneó avisándonos de un homicidio aquí.

—¿Un hombre?

—No podría decírselo. Su voz llegaba muy confusa, como disfrazada y aguda. Podía ser un hombre o una mujer, no sabemos.

—Ya —fue todo lo que dije, antes de entrar dócilmente al coche de la policía.

CAPITULO VII

—Bien, Gould. ¿Qué explicación tiene todo eso?

Me quedé mirando al teniente Dillman. Esposado allí, ante él, en el frío y deshumanizado clima de un vulgar departamento de policía, debía de parecer algo así como Dillinger entre los federales. Alcé mis manos, casi patético.

—¿Tengo que hablar así, como en las malas películas? —me quejé—. No soy el Enemigo Público Número Uno.

—No estoy yo tan seguro —rezongó Dillman. Pero hizo un gesto y alguien se acercó a introducir una llave-cita en mis pulseras de acero, que chascaron gratamente al abrirse—. Anoche tuviste una pelea violenta con alguien que aseguras no saber quién era, y que dejó tu casa como un matadero. Hoy, te encuentras un cadáver con una bala en la nuca, y afirmas haber perseguido a un presunto asesino que huía en un coche deportivo verde aceitunado.

—Es la verdad, teniente.

—Tal vez. Pero todo eso ha de tener una explicación. ¿Por qué te interesa el asunto de la muerte de Vicky Jarrod? ¿Qué estás buscando exactamente, para que ahora, al cabo de un año, su antiguo jefe, un hombre importante comercial y políticamente, como Vincent de Wilde, aparezca asesinado en su propia casa?

—Lo que yo busco, no creo que tenga nada que ver con la muerte de De Wilde, al menos en apariencia. Tal vez alguien se asustó por mis pesquisas... y mató a De Wilde por algo que éste sabía.

—Puede que sea así, Gould, pero ahora eres *tú* el sospechoso en este asunto.

—No me dirá que va a creer que yo maté a De Wilde, teniente.

—Eso es lo que digo —afirmó huraño—, ¿Quieres que te encierre como sospechoso y te haga interrogar por mis hombres, o prefieres que hablemos amistosamente los dos, y me cuentes la historia completa?

—Eso sería ir contra la ética de mi profesión, teniente —me quejé.

—Quítadle la licencia y encerradlo —ordenó tajante.

—¡No, no. espere! —alcé una mano—. Está bien, éste es un sucio chantaje, teniente. Pero hablaré con usted. Le contaré lodo, desde el principio, aunque vaya contra mis principios.

—Eso está mejor. Mucho mejor —resopló él—. Vamos, hablemos a solas.

Le seguí a una habitación cerrada. Aseguró el pestillo dio una luz, y se sentó ante mí. Una mesa desnuda nos separaba. Los

muros eran de ladrillo. Pero me ofreció un cigarrillo, para que no pareciese un «tercer grado» de una película barata.

—Ahora, habla —me invitó, clavando en mí sus ojos inquisitivos.

Hablé. No tenía otro remedio, después de todo.

Me escuchó en silencio, sin interrumpirme una sola vez, desde que comencé con la visita de Irish Yordan dos días atrás, para terminar con mi inútil persecución de la persona oculta en la finca de De Wilde.

Al final, lanzó un profundo suspiro, me contempló largamente, hizo unas anotaciones en un bloc, y se puso en pie, comenzando a pasear por la desnuda estancia.

Yo le seguía con mirada curiosa, esperando cuál sería su reacción definitiva ante mi relato, pero el teniente Dillman no parecía dispuesto a hablar de momento cosa alguna. Estuvo revisando unos papeles de la mesa que nos separaba, luego volvió a dar unos pasos, y terminó por volverse a mí, estudiarme ceñudo y acabar con una corta y seca frase:

—Maldita sea, ¿qué clase de cochino embrollo es el que se esconde detrás de todo eso, Gould?

Me encogí de hombros.

—Sé tanto como usted —manifesté—. Y no entiendo todavía gran cosa.

—¿Por qué tuvo que matar nadie a De Wilde?

—Quizá sabía algo importante, relacionado con las hermanas Jarrod, especialmente con Vicky. Recuerde que andaba tras de ella. Y encontró el cadáver mucho antes de lo que él declaró oficialmente a la policía.

—Pero ¿era realmente Vicky la muerta, o era su hermana Irish, y Vicky ocupa ahora el lugar que no le corresponde?

—Eso es más difícil de averiguar, teniente. No tenemos nada que nos sirva para estar seguros de una o de otra cosa. Al parecer, ni ella misma lo sabe.

—¿Y si lo supiera, y todo esto formase parte de un plan sinuoso para obtener algo concreto? Podría estar trabajando para una mujer lo bastante lista para haberte embarcado en algo turbio de lo que ella salga beneficiada y a ti te meta la soga al cuello.

—Ya lo he pensado —sacudí la cabeza—. No creo que Irish Yordan finja su amnesia, si es a eso a lo que se refiere. Claro que yo no soy médico, pero he hecho algunas gestiones, y he comprobado que, según los médicos, ella padece realmente amnesia.

—Una buena actriz podría engañar incluso a un especialista —gruñó Dillman.

—Es posible —admití—. Pero sigo sin ver el posible beneficio para ella. Irish es la esposa de un hombre rico y la heredera de un individuo lo bastante duro como para haber desheredado a su otra hija, Vicky. ¿Por qué habría de meterse ella en líos, dudando de su identidad, cuando ésta le es totalmente favorable? A nadie se le ocurriría cambiar su personalidad de señora Yordan por la de Vicky Jarrod, sin fortuna propia ni marido rico, teniente.

—Tal vez esos anónimos la hicieron temer por su seguridad y optó por jugar fuerte y arriesgarlo todo a una carta, si tiene la idea remota de que ella *puede* ser Vicky y no Irish.

—Tal vez, pero sigo sin verlo del todo claro. Ella sigue sin ganar mucho. Y se arriesga a perderlo todo, incluso a su marido. Que en ese caso sería su cuñado.

—Amigo mío, los hombres son a veces lo bastante morbosos para hallar placer en una situación equívoca —rió Dillman—. Quizá a Edwin Yordan le gusta mucho más la idea de estar acostándose con su cuñada que seguir unido a su verdadera esposa. Además, pareces tener una cierta idea de que el marido de Irish sentía cierta atracción por su cuñadita.

—Sí, eso es verdad —acepté de mala gana—. Pero llegamos de nuevo a De Wilde, que es el asesinato más reciente. ¿Por qué le mataron?

—Si él sabía la verdad, podía pensar en hacer mucho daño a su competidor y enemigo, revelando que Irish no era ella, sino su hermana gemela Vicky. Y tal vez sabía otras cosas.

—¿Como por ejemplo .? —sugerí.

Me miró largamente, con unos ojos tan tríos y metálicos que parecían dos clavos tratando de taladrarme. Su voz sonó algo pastosa:

—Como por ejemplo, saber que la actual Irish mató a la verdadera, fingió el accidente para fingirse amnésica... o que el esposo, Yordan. fue quien lo planeó todo.

La idea no era descabellada, ni mucho menos. Pero no era él la primera persona en pensarlo. A mí ya se me había ocurrido una cosa parecida. Y tenía que admitir que explicaría muchas cosas, aunque dejase otras en la sombra.

—Creí que sospechaba usted de mí, teniente —comenté con ironía—. Este interrogatorio, esta habitación tan desagradable y todo lo demás.

—Forma parte de la rutina —bostezó él con disgusto—. Está bien, puedes largarte cuando quieras, Sid, pero no te metas en nuevos problemas. Para ser tu primer asunto serio, no estaría bien que fueses dejando la ciudad sembrada de cadáveres a tu paso.

—Lo intentaré —reí incorporándome. Me desperecé, y clavé mi

mirada recelosa en él—. ¿De veras quedo libre sin más problemas?

—Claro. Incluso te devolverán tu licencia y tu pistola, pero no hagas tonterías. Yo no soy quien manda en este Departamento. Y mis jefes podrían enfurecerse si les creas dificultades.

—¿Qué debo hacer? ¿Seguir en el asunto o devolverle su dinero a la señora Yordan y decir que renuncio?

—Nada de eso, Gould. Sigue adelante. Como si nada hubiera ocurrido. Y tenme al corriente de todo. No juegues sucio, ¿está claro? Nosotros investigaremos por nuestra cuenta y siguiendo nuestro propio método. Pero quizá necesitemos tu ayuda. Conoces bien a muchas de las personas metidas en este asunto y ellas pueden sincerarse contigo más que con la policía. Especialmente, las chicas. Pareces tener un cierto «gancho» para las fulanas, Gould. Aprovéchalo a fondo.

—Vaya consejos —rezongué, caminando hacia la salida de aquella incómoda habitación—. Ignoraba que entre sus especialidades figurase la de alcahuete, teniente Dillman.

El se echó a reír, y yo cerré la puerta de golpe. Nadie se opuso a que abandonase el Departamento de Homicidios. Un tipo me hizo firmar un recibo, y me entregó mi arma, mi licencia y mis pertenencias personales. Me largué de allí antes de que cambiaran de idea.

Y me pregunté qué podía hacer como paso inicial, para continuar mis pesquisas en busca no sólo de la perdida identidad de la señora Yordan, sino también, posiblemente, de un peligroso asesino que andaba suelto y que había matado ya dos veces.

Entonces decidí que la persona que más me convenía ver ahora nuevamente, era mi propia cliente, Irish Yordan.

Y con ella convine una cita urgente, para el momento en que su esposo no estuviera en casa. Ella me dio una hora y una dirección.

Fui puntual.

* * *

Irish Yordan estaba tan bella como siempre. Erguida ante mí, envolvía su hermoso cuerpo en una larga bata de seda anudada a la cintura. No debía llevar mucho más debajo, porque capté la forma esférica de sus pechos, y cuando se sentó, tras invitarme a mí a hacerlo, su bata se abrió inoportuna, y exhibió la longitud bien torneada de un suave muslo.

Ella se cubrió en seguida, mirándome con cierto reproche

porque había descubierto mis ojos clavados en aquella tersa porción de su epidermis. Su voz sonó algo fría:

—Y bien, Gould, ¿qué quiere con tanta urgencia de mí?

—Todavía no lo sé muy bien —confesé—. Supongo que está enterada ya de lo de Vincent de Wilde...

Inclinó la cabeza. Vi crisparse sus manos sobre el regazo, nerviosamente.

—Claro —asintió con voz sorda—. Lo ha dicho la radio. Y viene en los periódicos. ¿Qué tiene eso que ver conmigo o con usted?

—Yo encontré el cadáver. Le mataron de un disparo, en su propia finca de Queens. Tenía una amiga muy atractiva, Audrey Mason, y un guardaespaldas muy bestia, llamado Rocky. Ninguno estaba con él cuando yo llegué. Y alguien escapaba de allí en un coche deportivo color verde aceitunado. ¿Usted sabe de alguien con un coche así?

—No... —Creí que se estremecía en este instante, pero no pude estar seguro de ello—. ¿Por qué habría de saberlo? ¿Es que no confía en mí, Gould?

—Empiezo a no confiar en nadie —suspiré—. He recibido los anónimos. Naturalmente, no me aclaran nada. Están escritos en una máquina mal cuidada, por un mecanógrafo no demasiado bueno, o que finge no serlo, cuando menos. No aclaran nada.

—Ya se lo dije. No conducen a ninguna parte.

—Esos anónimos pudo haberlos escrito De Wilde.

—¿Usted cree que un hombre como él, rico e influyente, descendería tan bajo?

—Todo depende de lo que supiera o creyera saber sobre usted. He descubierto que él encontró el cadáver de Vicky mucho antes de lo que dijo. Tal vez le mató él, o tal vez no. Supongamos que no lo hiciese, pero tuviera una idea aproximada de quién lo hizo. Eso pudo provocar su asesinato.

—¿Al cabo de un año de ocurrir todo aquello? —dudó mi cliente.

—Durante este año, nadie removié nada. De pronto, aparece un oscuro detective privado, un sucio investigador, como dice mucha gente, y mete sus narices en el viejo caso. Alguien pierde la cabeza y se lía a eliminar posibles testigos peligrosos. Eso lo explicaría todo.

—Pero sigo sin ver la relación de todo eso conmigo.

—Señora Yordan, usted ignora aún quién es realmente, ¿verdad? —la inquirí.

Me miró pensativa. Su rostro revelaba preocupación. Quizá miedo.

—Sí —asintió en un murmullo—. Y para eso le contraté, no

para investigar ningún asesinato, Gould.

—Tal vez una cosa y otra estén demasiado relacionadas entre sí para olvidarse de cualquiera de ellas.

—¿Cree que podría ser cierto mi temor? ¿Que yo. . *no soy Irish Yordan*? —tembló su voz.

—No diría yo tanto. Aún ignoramos quién es quién. Pero tal vez De Wilde *si* lo sabía. Y alguien se ocupó de que no lo dijera.

—Eso me señala a mí directamente —los ojos de Irish se fijaron en mí glaciales—. Si yo fuese Vicky Jarrod, nada de esto me pertenecería. Ni esta casa, ni mi fortuna personal..., ni tan siquiera mi esposo.

—En efecto. Esa es la situación exacta del caso —admitió meditabundo.

—En cuyo caso, yo sería la persona más interesada en matar a De Wilde, si él conocía mi identidad real. Pero no tendría sentido que yo hubiese ido a verle a usted para encargarle la investigación del caso.

—Eso podría ser una bonita coartada para usted. . o un medio de poner a alguien en la vieja senda, para llegar al fondo del asunto, saber quién conoce algún detalle de lo sucedido entonces... y eliminarle a tiempo, antes de que hable.

—Es una teoría muy desagradable, Gould —manifestó ella, roncamente—. ¿Está trabajando para mí o contra mí?

—Para usted. Pero contra un asesino. No me gustaría que fuesen la misma persona.

—¿Me acusa de asesinato?

—No. Yo no soy la policía ni el fiscal del Distrito, señora Yordan.

—Pero cree que yo maté a mi hermana... y ahora a De Wilde.

—Si lo creyera, no seguiría trabajando para usted.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere decirme, exactamente?

—Hacerle una simple pregunta, señora Yordan: ¿sospecha usted de su marido?

Se quedó como petrificada. Creo que si la llego a pinchar en ese momento no sale ni una gota de sangre de sus venas. Tras un largo silencio me miró con dolor y sorpresa.

—¿Edwin? —musitó—. ¿Cree que Edwin... puede ser un asesino?

—Yo no creo nada. Le pregunto a usted.

—Es absurdo —rechazó—. Edwin sería la última persona interesada en matar a alguien. Además, no puede ser un asesino.

—Si usted fuese Vicky Jarrod en realidad, él podría estar haciendo todo esto para no perderla y enterrar la verdad. Quizá interceptó algún anónimo, y se dio cuenta del peligro. De Wilde y

él eran enemigos acérrimos por muchos motivos. No le sería demasiado duro acabar con él de una vez por todas.

—Es horrible que piense algo así de Edwin... Y si yo fuera Vicky, eso significaría que él... prefería a su cuñada que a su esposa, ¿no es así?

—Más o menos —suspiré—. También podría significar que él mató a su esposa, Irish, haciéndola ir a la oficina a ver a Vicky, cosa que usted habría olvidado, al huir de allí, horrorizada, y sufrir el accidente que la hizo perder la memoria. Es una buena teoría, ¿verdad?

—Es una canallada —dijo la voz furiosa a mis espaldas—. ¡Y usted un bastardo!

—¡Edwin, por Dios, no te alteres! —se incorporó vivamente Irish, mirando con ojos dilatados a la persona que había irrumpido tras de mí—. ¿Cómo has venido tan pronto a casa hoy?

Me volví. Edwin Yordan me miraba con cara de pocos amigos. Evidentemente, no era santo de su devoción desde que le dije en su despacho lo de su amigo el senador Donovan y su campaña política. Ahora, la gota había colmado el vaso. Estaba congestionado, te nía las venas de su cuello hinchadas como tubos de goma, y sus ojos me miraban iracundos.

—Olvidé unas cosas en mi despacho —dijo fríamente, sin quitarme los ojos de encima—. Entonces vi eso viejo trasto en la calle, y recordé haber visto el mismo coche a la puerta de mi oficina cuando ese sucio detective mi visitó. ¿Qué hace aquí ahora? ¿Echando basura sobre nosotros? Le voy a romper la cara en mil pedazos...

Avanzó, como si estuviera decidido a cumplir su amenaza. Era fuerte, pero dudaba mucho de que pudiera hacer lo que decía. El no era Rocky. Ni yo iba a dejarme pegar.

—Ya basta, Edwin —rogó ella, angustiada, sujetándole—. Esta clase de escenas, no. ¿Adónde iríamos a parar, comportándonos como rufianes?

—Hay que ponerse a nivel de quien te ofende —rugió Yordan—. Irish, ¿qué hace ese tipo aquí? ¿Acaso., acaso eres *tú* quien le contrató?

—Sí —confesó ella, bajando la cabeza—. Yo le contraté, Edwin.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —se escandalizó él.

—Tenía que hacerlo. No puedo vivir así, sin saber quién soy realmente.

—¿Y él va a ayudarte en eso? —dudó Yordan, despectivo, mirándome con aire colérico—. Lo máximo que hará es terminar chantajeándote.

—Si no estuviera en su propia casa, Yordan, sería yo quien le

borraría esa estúpida cara a golpes —le repliqué con aspereza—. Pero no vale la pena abusar de la hospitalidad de su esposa hasta ese punto. Ya me marchó. Sin embargo, recuerde que no soy yo solo quien investiga esto ahora, sino también la policía. Y que están muy interesados en saber varias cosas: por ejemplo, quién murió aquella noche en su oficina de la Beauty Star, si Vicky Jarrod o Irish Yordan, quién es ahora su esposa, y también por qué mataron a Vincent de Wilde... Y usted, Edwin Yordan, podría ser la respuesta a muchas cosas. Lo piensa la policía, no yo. Buenas tardes, señora Yordan. Fue un placer.

Me encaminé a la puerta. Yordan ni siquiera intentó replicar, con que mucho menos agredirme. Parecía repentinamente anonadado. La voz de ella me llegó clara hasta la salida:

—Por favor, Gould. Siga con el asunto. Seré su cliente mientras usted quiera...

Asentí con la cabeza, sin volverme. Y cerré la puerta al salir.

Tomé mi coche, el viejo cacharro, como lo había llamado Yordan. Ciertamente, junto a su flamante Chevrolet azul, mi coche era una cafetera rusa. Pero me servía para desplazarme, que es lo que importaba.

Y esta vez me desplazé a las oficinas de la Glamour Standard, la firma de cosméticos propiedad de Edwin Yordan.

No era el esposo de mi cliente a quien vería en esta ocasión, sino a alguien mucho más agradable para mí.

Cuando Mildred Harris, la rubia secretaria de Yordan, abandonó la empresa, yo estaba esperándola fuera, y la abordé sin rodeos, esperando que ella me enviara al diablo.

No fue así. Incluso accedió a subir a mi trasto sin objeciones. Y se acomodó junto a mí con su mejor sonrisa, sin importarle que uno de sus bien formados pechos me rozara descaradamente el brazo.

La invité a cenar. Y aceptó.

CAPITULO VIII

Rodamos un tiempo sin hablar otra cosa que trivialidades sobre el tiempo, el próximo fin de semana y cosas por el estilo.

De repente, se puso algo más seria, aunque sus ojos azul oscuros continuaban siendo risueños. Me hizo una breve pregunta:

—¿Por qué me estaba espetando y me invitó a ir con usted a cenar?

—Supongo que no le preguntaré eso a todo el que la hace semejante ofrecimiento.

—Se equivoca. Ni siquiera acepto, por lo general, a menos que sea un amigo. Y usted no es un amigo mío. Todavía no. Apenas si nos conocemos. ¿No es cierto?

—Así es. Pero una chica como usted puede ser invitada con la mayor facilidad del mundo. Las razones están a la vista.

—Muy amable. Pero usted no vino a recogerme sólo porque le guste como mujer.

—¿Qué Te hace pensar eso?

—Su modo de ser. Le conozco poco, pero creo intuir cómo es. Cuando busca algo, se aprovecha de que tiene éxito con las chicas. Y nos utiliza para sonsacarnos, ¿me equivoco?

Me eché a reír entre dientes y moví la cabeza.

—Cielos, no soy un engreído —confesé—. Va a hacer que me lo crea de verdad.

—Créalo, Gould. Usted gusta a las chicas. Incluso me gusta a mí.

—¿Sinceridad o cumplido?

—Sinceridad —me miró de cerca, y observé que su falda se subía por encima, muy por encima de las rodillas, haciendo brillar el nylon sobre sus muslos. Eran unas piernas encantadoras, la verdad—. Ahora que sabe que me gusta, ¿qué hará? ¿Aprovecharlo en su beneficio y en el de su cliente?

—Es usted terrible —volví a reír—. Me gustará hablar con usted de algunas cosas, lo admito. Pero si fuese una mujer vieja y fea, no la hubiese invitado a cenar. Me hubiera limitado a hacerle unas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas, realmente? ¿Qué es lo que quiere saber?

—Supongo que a estas horas, ya sabe lo que le pasó a un competidor de su jefe...

—¿Vincent de Wilde? —su mirada y su gesto se tornaron serios. Asintió—. Sí, claro que lo sé. Usted descubrió el cadáver, ¿no es cierto?

—En efecto. Yo lo descubrí.

—Debió resultar una experiencia horrible. Claro que para un detective debe ser habitual tropezarse con cosas así.

—Solamente en el cine y en las novelas, créame. Nunca antes de ahora había estado metido en un caso de asesinato. Le confieso que no tiene nada de agradable.

—Me decepciona usted. Creí que investigaba la muerte de Vicky Jarrod...

—Sólo en cierto modo —la miré pensativo—. Lo que busco es la identidad real de una persona.

—¿De quién?

—De Irish Yordan, la esposa de su jefe —estábamos en un paso de peatones con el semáforo en rojo. Aproveché para estar pendiente de las reacciones de mi compañera. Su rostro reveló cierta extrañeza, pero eso fue todo.

—¿Irish? —enarcó las cejas, perpleja—. Es una buena amiga mía.

—Lo sé. Tan buena amiga, que ni siquiera siente celos de una rubia seductora.

—Oh, no sea tonto. Sabe que yo no soy de esa clase de secretarias. Para mí, Edwin Yordan es sólo mi jefe. No toleraría otra clase de relación. Supongo que debe sonar a anticuado, pero yo soy así. Creo que el trabajo no debe mezclarse nunca con el sexo. No acostumbra a salir bien, en especial si el jefe es casado.

—Muy inteligente —aprobé, poniendo el coche en marcha cuando cambió el semáforo—. Mildred, yo le hice una serie de preguntas sobre Vicky Jarrod la primera vez que hablé con usted. Ahora quisiera hacerle una sola, por el momento.

—Hágala —me invitó.

—¿Usted está totalmente *segura* de que Vicky Jarrod está muerta, y que Irish Yordan es la misma que usted conocía *antes* del accidente del automóvil?

No podía mirarla, porque estaba pendiente de la circulación, pero me di cuenta con el rabillo del ojo de que me miraba largamente, con aire abstraído. Sus manos, sobre el nylon de sus medias, se crisparon ligeramente.

—Creo que ella misma se lo pregunta a veces —confesó respirando hondo—. Y yo también me lo he preguntado en ocasiones. Era tanto el parecido de ambas. Pero estoy casi segura de que Irish sigue siendo Irish, y Vicky fue la víctima de aquel homicidio.

—¿Qué le hace pensar así?

—El hecho de que no ha cambiado en nada. Sigue siendo la misma. Vicky era muy distinta. El parecido estaba sólo en lo

físico.

—Pero si Vicky lo planeó todo, hizo matar a su hermana y ocupó su puesto, trataría de interpretar su papel a la perfección, puesto que la amnesia sería fingida...

—¿Eso es una pregunta?

—No —suspiré—. Es sólo una posibilidad, Mildred. Una terrible posibilidad.

—Sí, claro. El parecido es tan grande... Una no comprende cómo tres personas pueden parecerse tanto entre sí, hasta el extremo de parecer idénticas...

—¿Tres? —pegué un respingo—. Querrá decir *dos*...

—No, no. Dije tres. Y dije bien —pareció sorprendida—. ¿No sabía que las hermanas Jarrod no fueron mellizas, sino *trillizas*? Y todas iguales.

—No, no lo sabía —boqueé, estupefacto—. Nadie me habló de la tercera hermana...

—Bueno, resulta comprensible Murió hace mucho tiempo, en un siniestro aéreo, en California. Tenía solamente diecinueve años... Alma Jarrod desapareció de la escena para siempre. Pero yo vi una fotografía de las tres, siendo niñas. Me la mostró un día Irish, en su casa. El parecido era increíble. Las tres eran iguales. Ahora, naturalmente todo se reduce a una semejanza entre dos mujeres: Irish y Vicky. De las trillizas sólo ha quedado una. Y ni siquiera hay nadie seguro de quién pueda ser.

—Su esposo parece sí estarlo —sugerí, pensativo.

—¿El señor Yordan? Sí, claro —noté su vacilación en la voz. Luego rió, viendo el lado malicioso del asunto—. Y es obvio que él tiene que saberlo mejor que nadie, ¿no?

—Se supone que sí. Eso es, precisamente, lo que más me preocupa.

No me preguntó por qué. Creo que ya lo imaginaba. El hecho de que también ella admitiera como posible la aceptación por parte de Yordan de una situación equívoca, con su cuñada en lugar de su esposa, me demostró que no era una idea tan grotesca. Edwin Yordan podía ser un hombre complacido con esa situación.

—Tengo otro cliente —comenté tras una pausa—. Ese quería poderse casar con De Wilde. Sospechaba la existencia de una mujer en su vida, como antes estuvo Vicky Jarrod, según me confesó.

—Sí, sabía eso —suspiró Mildred Harris—. Vicky gustaba a todos. A su cuñado, a De Wilde... Los hombres son así, Gould. Luego olvidan fácilmente.

—De Wilde, sin duda, olvidó. Mi segunda cliente cree que tenía una amante.

—La tenía —afirmó Mildred, rotunda.

Volví a mirarla, interesado. Demandé:

—¿Cómo lo sabe?

—Recuerde que mi jefe y él eran rivales comerciales y políticos —rió—. Se investigaban mutuamente para buscar trapos sucios que sacar a relucir. Una agencia investigadora trabajó para nosotros en el caso de De Wilde. La amante apareció sin dificultades: una tal Flo Kelly, una cantante de club nocturno.. Nada especial, aunque es la clase de mujer que gusta para ciertas cosas. Formas rotundas, exuberancia, frivolidad y poco cerebro...

—Entiendo —detuve el coche frente al restaurante de la Calle Cuarenta y Dos, elegido para cenar ella y yo—. ¿Y su jefe? ¿No tiene también trapos sucios que mostrar?

—Claro —rió de buena gana—. Pero no seré yo quien los saque a relucir.

—¿Ni siquiera para mí? —sugerí, aparcando en el lugar adecuado.

—Ni siquiera para usted..., al menos por el momento —se burló, poniendo un pie en el asfalto—. Pero tranquilícese. Le diré algo: realmente, él también tiene su enredo amoroso por ahí. ¿Eso le basta?

—¡Qué remedio! —suspiré, siguiéndola hacia la puerta del local.

* * *

Fue una buena noche, la verdad.

Mildred, además de eficiente secretaria, era una compañía agradable en todos los sentidos. Mucha gente me miraba cuando cenábamos o bailábamos. Casi siempre hombres. Y todos con envidia. Llevar una rubia así al lado sólo parecía algo posible en Hollywood.

Únicamente la dejé unos momentos en el club nocturno adonde nos dirigimos a última hora —debo confesar que el mismo club donde trabajaba una mujer exuberante, frívola y bastante vulgar, llamada Flo Kelly, y que me decepcionó pudiera haber tenido relaciones íntimas con un tipo que se las daba de pertenecer a una alta condición social, como el difunto De Wilde—, y cuando dejé a Mildred ese rato fue solamente para hacer una llamada a larga distancia, exactamente a California.

Tenía allí unos amigos, colegas míos, que llevaban una oscura pero eficaz agencia de investigaciones. A veces me habían sido muy útiles. Quizá también ahora.

Regresé junto a Mildred y seguimos bailando y tomando champaña hasta altas horas de la madrugada.

Cuando la dejé ante su casa, en Riverside Drive, ambos íbamos eufóricos.

—¿Ni siquiera ahora vas a decirme el nombre de la amiguita de tu jefe? —le sugerí.

—Eres un pillito redomado —me acusó, riendo ya con el llavín en la mano, ante la iluminada puerta de un edificio de apartamentos, bastante aceptables por cierto, y seguramente nada económicos—. Pero tienes un encanto irresistible para conseguir lo que te propones. Te lo diré, sí. Quizá no te parezca honesto lo que te cuente, pero la primera amiguita de Edwin Yordan fue... Vicky Jarrod, su cuñada.

—Lo imaginaba —resoplé, sintiendo asco de Yordan.

—Ahora es una tal Lorna Cain, que tiene un negocio de alta peluquería en Broadway.

—¿Eso lo sabe Irish?

—Quizá lo sospeche. Pero es una gran dama. No dirá nunca nada.

—Vicky no era una gran dama, ¿verdad? —sugerí, notando que las burbujas del champaña parecían ir reventando poco a poco en mi cabeza, haciéndola oscilar peligrosamente.

—Tu lo has dicho —rió ella, suavemente, intentando meter el llavín en la cerradura con un éxito deplorable. Sin duda también cosa de las burbujas malditas—. En lo físico podrían ser muy iguales, pero nunca vi nada más distinto en todo lo demás. Por eso no puedo creer que sea Vicky quien sobrevive, sino Irish. Y comprendo que su padre la desheredase, dejándolo todo a Irish. Cuando un padre, por duro que sea, hace algo así, tiene poderosas razones para ello. Y creo que Vicky lo justificaba todo con su modo de ser.

—Ya veo. Eres un encanto, Mildred. Gracias por todo. Aunque no lo sepas, creo que me has sido de mucha ayuda esta noche.

—Seguro que sólo por ello me has invitado a cenar y bailar, ¿no es así? —me miró con reproche, haciendo un delicioso mohín con sus labios gordezuelos, tras haber conseguido al fin girar la llave en la cerradura—. ¿No es así, Sidney Gould?

Me acerqué a ella. La tomé por los hombros y busqué su boca. La encontré. Y dejé en ella mis labios largo rato. Ella se dejó besar. Nuestras lenguas se encontraron y enroscaron en un jugueteo peligroso.

Me aparté de ella. Era como abrazar un poste de alta tensión. Uno se abrasa en seguida. Respiraba agitadamente y le brillaban los ojos al mirarme.

—Esa es mi respuesta —le dije, alejándome hacia el coche.

—Oh, Sid, no me importaría que siguieras contestándome —la oí musitar.

—Otro día. Debes descansar si quieres trabajar mañana. Y yo tengo trabajo ahora y mañana, querida. Ya nos veremos, no lo dudes.

Y arranqué, alejándome de allí, antes de que la tentación diera al traste con todos mis planes, y aceptara la invitación de Mildred.

* * *

Me costó un poco localizar a Audrey Mason, la amiga de Vincent de Wilde, pero al fin lo conseguí entre la larga hilera de A. Mason que encontré en la guía telefónica de Manhattan. Desperté a un montón de gente que me envió al diablo e incluso bastante más lejos, con santa y justa indignación por despertarles erróneamente a tales horas, para finalmente reconocer la suave y aterciopelada voz que, algo somnolienta, le atendió por el teléfono. Aquélla sí era Audrey, mi segunda cliente.

Hablamos brevemente. Parecía tan sorprendida de que la llamara yo en estos momentos como de que hubiera caído un platillo volante en su ventana.

—Está bien —dijo al fin, tras escucharme—. Eres un gran detective, sin duda. Pero podríamos hablar de todo eso mañana. Ahora ya importa poco el asunto. Muerto Vincent, comprenderás que he perdido todo el interés en tratar de ser su esposa.

—Eso es muy lógico. Pero hay un montón de cosas sobre De Wilde que quiero que me cuentes. Cosas urgentes, que pueden conducirme a descifrar este condenado embrollo. ¿No podría verte ahora mismo?

—¿Qué mujer negaría eso al hombre con quien ha tenido unos momentos tan inolvidables como los que vivimos juntos? —rió ella suavemente—. Claro. No es muy normal esta clase de visitas, pero te estaré esperando en casa. Yo misma te abriré la puerta. No tardes.

No tardé. Anoté sus señas con rapidez y fui allá con mi coche, plantándome ante el lujoso edificio donde residía en escasos minutos. El tráfico en Manhattan en plena madrugada no era demasiado intenso.

Estaba cubierta solamente con una bata translúcida realmente deliciosa, que permitía descubrir todos los turgentes atractivos de su joven cuerpo, y despedía un aroma sutil a buen perfume.

Me besó largamente y yo sentí la palpitación de su carne suave bajo mis dedos. No sé cómo diablos ocurrió, pero poco después estábamos los dos en la cama, dejando para más tarde lo que me hubiese podido llevar allí.

Debo confesar que merecía la pena olvidarse un poco de los asuntos profesionales y dedicarle algo más de tiempo a Audrey. Era una muchacha maravillosa. Sobre todo, en la cama.

Cuando fumábamos un cigarrillo relajándonos, desnudos entre las sábanas, nuestras miradas se encontraron tras contemplar largamente el techo.

—Y bien —le oí decir ronroneante—. Ahora los asuntos profesionales. ¿Qué viniste a contarme?

—Un montón de cosas —suspiré, exhalando el humo del cigarrillo lentamente.

—Empieza, entonces.

—Tu De Wilde no era nada refinado, pese a su dinero y sus negocios. Su fulana era una artista de club nocturno bastante vulgar y ordinaria, con muchas curvas y mucha pintura, incapaz de ser presentada en sociedad ni remotamente. Se llama Flo Kelly y se desnuda cada noche en un *night-club* de Broadway.

—Qué decepción —suspiró ella, amargamente, moviendo la cabeza—. Nunca imaginé a Vincent tan vulgar.

—Antes de Flo, hubo otras, sin duda. Vicky Jarrod era una de ellas.

—¿Estás seguro? —dudó Audrey, mirándome.

—Totalmente. Vicky tenía pocos escrúpulos. Su padre la había desheredado por sus propios defectos. Creo que incluso le gustaba dar dinero a sus amantes, aunque buscase prosperar en su trabajo con toda la ambición del mundo. Era una chica idéntica físicamente a su hermana gemela, pero diametralmente opuesta en todo lo demás. Antes de estar liada con De Wilde, tuvo algo con su propio cuñado Edwin Yordan.

—Vaya moza espabilada —comentó Audrey, burlona—. Pero de todos modos, eso ya no me preocupaba mucho. Cuando supe que había muerto Vincent y que tú estabas allí cuando la policía apareció, temí que te metieran en el lío...

—Y me metieron —reí—. Pero pude salir de ello bastante bien.

Audrey aplastó su cigarrillo en el cenicero, se incorporó, sin importarle que uno de sus pechos asomara sobre la sábana, y me miró curiosamente.

—¿Quién pudo tener interés en matar a Vincent? —me interpeló.

—Alguien que estaba enterado de que él sabía algo acerca de la muerte de Vicky Jarrod. Recuerda que por entonces ambos tenían

relaciones. A través de Vicky supo algo, que ésta se llevó luego a la tumba. De Wilde hizo sin duda averiguaciones al respecto, y supo determinadas cosas sobre alguna persona. Eso le llevó a la tumba.

—¿Qué persona podía ser ésa?

—La que tuvo motivos para matar a Vicky Jarrod, provocar el accidente casi fatal de su hermana Irish Yordan y quien luego no dudó, llegado en caso, en deshacerse de Vincent de Wilde cuando éste se puso realmente peligroso para ella.

—¿Sabes quién es?

—Lo sospecho. Quien disparó sobre De Wilde llevaba un coche verde aceituna, deportivo. Escapó cuando yo llegaba. Pero no creo que fuese el asesino.

—¿Qué quieres decir? —pestañearon los bonitos ojos de Audrey, fijos en mí.

—Que hay una persona que se ocupaba de hacer el trabajo sucio, mientras otra disponía las cosas en la sombra, sin dar la cara.

—¿Un cómplice, tal vez?

—Eso es. Un cómplice. Alguien con pocos escrúpulos y fidelidad absoluta, capaz de cumplir ciegamente una orden, llegado el caso.

—Me dejas atónita, querido. Si sabes tantas cosas tienes que saber también los motivos de esos crímenes, la identidad de ambos asesinos, el ejecutor y su cómplice.

—Lo sabré positivamente dentro de un momento —bostecé. Miré distraídamente su bonito rostro seductor y, sobre todo, su suave pecho, que acaricié. Ella gimió, y comprendí que si seguía acariciándola, volveríamos a batallar entre las sábanas. Aparté mis dedos de su seno y me erguí—. ¿Puedo usar tu teléfono un momento para una llamada a larga distancia?

—Claro —sonrió—. Su importe te lo descontaré de tus honorarios.

—Perfecto —admití, descolgando el aparato.

Pedí a la operadora telefónica, tras marcar un número, que me pusiera con un determinado abonado de Los Angeles. Audrey me contemplaba con el ceño fruncido y el aire ausente, fumando otro cigarrillo. Su otro pecho también había emergido de las sábanas, sin duda para influenciarme y debilitar mi resistencia.

Se puso uno de mis amigos de California. A estas horas allí era bastante más temprano, exactamente un buen puñado de horas. Su voz inconfundible llegó a mis oídos.

—Hola, Sid. Investigamos eso. No fue difícil dar con algunos datos. En la fecha que nos indicaste, el doctor Walter Clemens, de

Beverly Hills, especialista en cirugía plástica, intervino quirúrgicamente a un paciente, dándole un nuevo rostro. Todo fue perfecto, y el doctor conserva la fotografía de su paciente, antes y después de la operación. Nos costó mucho conseguir que nos mostrase la ficha, pero al fin lo hizo y vimos que era una verdadera maravilla. Nadie hubiera logrado hacer de un rostro tan desfigurado y maltrecho, una nueva faz sin huellas de la operación.

—Lo imaginaba —asentí—. ¿Sabéis nombres?

—Bueno, hay un nombre en el paciente, pero el doctor supone, con buen sentido, que debe ser falso. Casi nadie da el suyo verdadero en tales casos.

—¿Y ese nombre era...?

Mi amigo me lo dijo. No me sorprendió demasiado. Empezaba a sospecharlo. Le di las gracias y colgué. Me quedé pensativo, y Audrey me puso un cigarrillo encendido entre los labios. La miré agradecido, y fumé en silencio, la mirada fija en el techo.

Las uñas de Audrey Mason jugueteaban con mi torso, produciéndome un hormigueo inquietante. Luego, hundió su mano en las sábanas, buscando sin duda algún otro punto erógeno todavía más sensible. Y lo malo es que lo encontró.

Maldita sea, tuve que olvidarme del cigarrillo o hubiera podido quemar las sábanas. Y también tuve que olvidarme de mi llamada a California y de muchas otras cosas que formaban una baraúnda terrible en mi cerebro. Aquella chica era fuego puro. Y a uno le resultaba muy fácil quemarse en él.

CAPÍTULO IX

Me vestí lentamente. Audrey me contemplaba, envuelta en su bata, con una sonrisa triunfal y a la vez satisfecha.

—Eres todo un hombre —comentó, melosa.

—Muy amable por el elogio —respondí, abotonando mi camisa—. Espero que al salir de tu casa no vuelva a encontrarme con Rocky, dispuesto a partirme la cabeza.

—¿Rocky? ¿Te refieres al guardaespaldas de Vincent? —frunció ella el ceño—. Creo que la policía te libió aquella noche a tiempo, gracias a mi llamada. No en tiendo cómo pudo llegar tan oportunamente a tu casa. Debía vigilarte...

—Sin duda. Me vigilaba. Pensé que podría haber sido cosa tuya.

—¿Mía? —se sorprendió Audrey.

—Eso es. Se me ocurrió la idea de que podía vigilarte a ti, no a mí,

—¿Por qué habría de hacerlo? —dudó ella.

—Eso me dije. Y tuve la ocurrencia de pensar que podía ser tu guardaespaldas, no el de Vincent de Wilde.

—Eso es una tontería, Sid.

—No lo creas. Rocky es un hombre con el cerebro de un mono. Fiel a la persona a la que se entregue en alma y vida. Esa persona podías ser tú y no De Wilde. Nada más fácil para una mujer inteligente y hermosa que seducir a un pobre «sonado» como él, y hacerle su instrumento fiel.

—Eso es ridículo, Sid. Yo no necesitaría para nada a un tipo como Rocky. Es más, me daría miedo. Yo le vi en algunas ocasiones, siempre en casa de Vincent. No hay duda de que le servía a él. Cualquiera podría decírtelo.

—Escucha una vieja historia, Audrey —dije de repente, parándome en medio del dormitorio de mi pelirroja amante—. Empieza hace muchos años, con un accidente aéreo en California. Un avión que se va al mar- y no deja supervivientes. Eso pasó hace años, exactamente siete. Por entonces, Irish y Vicky Jarrod tenían diecinueve años. La misma edad de una de las víctimas del siniestro aéreo.

—No sé adónde quieres ir a parar con todo eso, la verdad —me confesó Audrey, con gesto perplejo.

—La persona desaparecida en el accidente aéreo se llamaba Alma Jarrod. Y era la tercera hermana Jarrod.

—¿Trillizas? ¡No es posible! —el asombro asomó a la cara de la pelirroja.

—Pues lo era. Bien posible. Tres hermanas físicamente iguales

entre sí. El padre de ellas acababa de morir, desheredando a Vicky y dejándoselo todo a Irish. Por lo que tenemos que *también* desheredó a Alma. He obtenido algunos informes de ella. Se había ido a California a intentar hacer carrera en el cine, y había tenido varios amantes para buscar el triunfo. Su vida en Hollywood era bastante poco moral. Y no hay duda de que el difunto Jarrod era un gran moralista. De modo que dejó su fortuna a la única hija que él consideraba digna de su cariño: Irish, la única con un sentido distinto de la moralidad y las buenas costumbres. Irish, además, tuvo suerte. Se casó con un hombre rico. Y su fortuna aumentó de volumen considerablemente.

—Sigue siendo una historia sin sentido. ¿Por qué me la cuentas?

—Ahora llego a ello, Audrey —hice una corta pausa, apagué mi cigarrillo y añadí—: La tercera hermana, Alma, no murió en el accidente. Eso, inicialmente, la aterró, porque había quedado totalmente irreconocible, desfigurado su rostro por las quemaduras en el desastre aéreo. Pero recordamos que estaba en Hollywood y quería ser actriz. La vida le dio la mayor oportunidad de serlo, y no la desaprovechó. Viajaba ese día con una compañera al lado de su asiento, sin duda alguna, de cuyo nombre se enteraría por alguna razón, a través de alguna etiqueta, el billete de vuelo o cualquier otra cosa, y recordándolo en el momento de ser rescatada, dijo su nombre. Nadie dudó de ello, y tuvo suerte de que la mujer del falso nombre no tuviera familia alguna. De modo que Alma Jarrod quedaba sepultada y olvidada. Y seguía su vida otra persona, cuyo rostro dependía en el futuro de la habilidad de un cirujano. La cirugía plástica obró el milagro, y Alma Jarrod se reintegró al mundo con el nombre de su nueva personalidad. Pero como en California conocían a esa persona, se buscó un sitio alejado, la costa atlántica. Aquí logró crearse un nuevo ambiente, al tiempo que vivía no lejos de su hermana Irish, bien ajena a lo que sucedía, y también de Vicky.

—¿Por qué todo ese absurdo trabajo de cambiar de identidad y ocultar su existencia?

—Ahora llegamos a ello, Audrey. La idea de ella era fría y cerebral: obtener la fortuna de los Jarrod, la que no le pertenecía ya. Sólo había un medio de conseguirlo: matar a Irish y a Vicky.

—Cielos...

—Era un plan lento, trabajoso, calculado. La boda de Irish con Edwin Yordan lo alargó un poco más, pero llegado el momento, lo puso en práctica. Le falló en parte, porque Vicky murió, pero no así Irish, aunque ella perdió la memoria, y eso también podría servirle. Bastaba intentar convencerla de que ella era Vicky y no

Irish. Si lo conseguía, y oficialmente se daba a Irish por muerta, sólo quedarían ella y Vicky. Su fortuna ya no la pertenecería, porque ambas estaban desheredadas. Pero seguramente en el testamento de Jarrod existe una cláusula que precisará que, en caso de morir Irish, sus hermanas podrían recibir ese dinero. Ya pensaría ella el modo de deshacerse luego de Irish, para ser dueña de todo. El plan funcionó en parte. Y luego empezó a enviar anónimos a su futura segunda víctima, para introducir la duda en el cerebro de Irish.

—Es un plan complicado y siniestro...

—También lo es Alma. Así ha llegado hasta el momento en que tuvo que matar a De Wilde.

—¿Por qué?

—Porque él sabía algunas cosas peligrosas para ella. Había averiguado que eran trillizas y que la tercera hermana podía estar viva y ser culpable de todo. Entonces entra Rocky, el aparente fiel servidor, que espía a De Wilde e informa a Alma Jarrod, su verdadera dueña y señora, sin duda alguna.

—¿Y Rocky mata a De Wilde por orden de Alma Jarrod?

—Exactamente —afirmé.

—¿Como supo Vincent todas esas cosas de las trillizas, Sid?

—A través de Vicky, sin duda. Luego hizo averiguaciones por su cuenta, viendo algo oscuro en el asunto, sobre todo al morir Vicky y sufrir Irish el accidente. Algo supo que mantuvo callado por alguna poderosa razón. Y nunca llegó a revelarlo, porque ella advirtió que sabía demasiado... y lo mató. Es decir, envió a Rocky a matarle, porque ella debía de tener siempre una coartada para ese momento, llegado el caso.

—¿Qué razón obligó a Vincent a callar algo de una mujer que podía ser un asesino?

—¿No la imaginas?

—No, por supuesto —me contempló, preocupada—. ¿Tú sí?

—Más que eso. La sé.

—¿No vas a decírmela?

—Sí, Audrey —suspiré—. Te la voy a decir. Vincent de Wilde no sólo conocía a Alma Jarrod con su nueva identidad, sino que tenía con ella estrechas relaciones.

—Un momento, Sid —el temor asomó de repente a sus ojos dilatados—. Parece... parece como si estuvieras acusándome *a mí*.

Reí entre dientes. Asentí.

—Podrías ser tú, Audrey —admití.

—¡Yo no soy Alma Jarrod ni maté a nadie! —protestó, palideciendo.

—Todo encaja contigo: Rocky va tras de ti, atacándome

brutalmente cuando sabe que estás conmigo... Te encuentro en casa de De Wilde con él y Rocky... Deseas ser la esposa de De Wilde y me encargas que descubra si tiene alguna amante... Me seduces con tus encantos físicos para hacerme desviar en mis averiguaciones... Sí, Audrey. Tú *podrías* ser Alma Jarrod con otro rostro.

—¡Pero no lo soy! —gimió Audrey, angustiada.

Respiré hondo. Acababa de oír un leve ruido en el exterior, posiblemente en el gabinete del apartamento. Pero también podía ser imaginación mía.

Proseguí con voz grave, pausada, mirando a Audrey Mason fijamente:

—Lo sé, Audrey. Tú *no* eres Alma Jarrod, aunque tantas cosas coincidan en ti. Acaban de darme por teléfono el nombre que utilizó esa mujer al ser operada por el doctor Clemens en Beverly Hills. Ahora ya sé quién es, con toda certeza. El caso está cerrado.

—¿Usted cree, maldito y sucio detective?

Me volví. La voz provenía de la puerta, a mis espaldas. Audrey gritó roncamente, con el rostro repentinamente lívido.

Allí estaba Rocky otra vez. Pistola en mano. Y ésta con un silenciador prolongando su feo y negro tubo. Nos encañonaba a ambos sin contemplaciones y tenía un rostro que no presagiaba nada bueno.

—Vaya... —suspiré—. Otra vez sorprendiéndome en el momento oportuno... ¿No puedo ir a por mi chaqueta? Tengo un arma en ella.

—Es usted muy gracioso, puerco —me miró con ojos furibundos—. Pronto no dirá más chistes. Vengo a matarle.

—¿Delante de un testigo? —me asombré—. Eso no es prudente, Rocky.

—Sigue haciendo chistes malos, ¿eh? —rezongó—. Sabe muy bien que mataré a los dos. Pondré el arma en su mano, limpia de huellas. Usted habrá matado a la chica, suicidándose después.

—Eso no se lo creerán ni los niños, Rocky.

—¡Cierre el pico, bastardo! —me golpeó con la pistola en la boca, y el silenciador me cortó el labio. Noté correr la sangre y salpicar mi camisa. Aquel bestia siempre echaba a perder toda mi ropa. Me miró con ojos inyectados en sangre y movió siniestramente su dedo en el gatillo— Bueno, se terminó el juego. Primero será la chica. Lo siento, preciosa. No tengo nada contra usted, pero debe irse también al infierno por culpa de este cochino entrometido...

En ese momento que apartaba su pistola de mi cuerpo me arrojé sobre él, aferrando su brazo y alzándolo violentamente.

Disparó.

La bala se clavó en el techo, mientras sonaba un seco *ploc* en el dormitorio. Rocky blasfemó y tuvo suficiente con pegarme un zurdazo de costado para, lanzarme dando tumbos contra la cama. Nunca he sido un buen boxeador, la verdad.

Rápidamente se dispuso a apuntar de nuevo contra Audrey, pero en ese momento, a través de la ventana, sonó un estampido. Saltaron los vidrios hechos pedazos y un proyectil cié pesado calibre alcanzó a Rocky en su mano, haciéndosela astillas, en medio de un nubarrón de sangre.

El tipo exhaló un aullido animal, escapó el arma de sus reventados dedos, y en el mismo momento, la ventana se alzó para dar entrada por la escalera de incendios al teniente Dillman y tres hombres uniformados revólver en mano. El arma del teniente humeaba.

—Un disparo oportuno, teniente —resoplé—, Gracias por el favor. .

—No te lo hice a ti, Sid, maldito seas, sino a la chica —señaló a Audrey—. Iban a liquidarla por tu culpa. ¿Como la metiste en este embrollo?

—Yo nunca creí que Rocky llegara a subir hasta aquí. Esperaba que estuviese en la calle, teniente —proteste-.

—Pues ya ves que subió. El tipo tenía gonzúas y todo eso. Decidimos seguirle por dos caminos. Pero nosotros llegamos antes —manifestó el teniente de Homicidios, esposando ahora a Rocky, mientras uno de los agentes llamaba a una ambulancia por el teléfono de Audrey, y otros tres agentes armados irrumpían en el dormitorio, tras pisar pesadamente en el gabinete.

—Vaya... —murmuró Audrey, con envidiable sentido del humor—. Esto está tan concurrido esta noche como Times Square a las seis de la tarde...

—No había otro remedio, señorita Mason —suspiró el teniente, cortés—. Su amigo Sidney Gould nos avisó de que podían seguirle esta noche hasta aquí, cuando venía a verla a usted, y debíamos tomar precauciones rodeando discretamente la casa. El no se equivocó.

Audrey me miró, furiosa.

—¿De modo que yo te servía de cebo, eh, desvergonzado? —me acusó.

—Sólo en cierto modo, cariño —protesté—. Ya sabes que yo pensaba que él no entraría en la casa, aunque estaba seguro de que me aguardaría al salir. El asesino, en su arrogancia, había cometido dos errores tremendos esta misma noche, y sin duda temía que yo me hubiera dado cuenta de ellos. Sobre todo cuando

debió averiguar que telefoneaba a larga distancia a California, desde un determinado local...

—Sigo sin saber quién es el asesino. Es decir, Alma Jarrod, la tercera de las trillizas —me miró con reproche—. Ya que he sido manipulada por tu sucio juego de esta noche, creo que tendría algún derecho a saberlo.

—Te aseguro que no fue juego sucio. Me sentí horrorizado de que peligrases tú en este momento, Audrey. Fue Rocky quien jugó como yo no esperaba. Evidentemente, no les importaba ni a él ni a su cómplice, el verdadero cerebro de este plan criminal, cometer crimen más o menos, con tal de llegar hasta el final de su plan.

—Sigo sin conocer ese nombre, Sid.

—Es cierto —me puse al fin la chaqueta, mirando hacia Rocky que contemplaba con estupor dolorido su destrozada mano,, en tanto le conducían al exterior para esperar la ambulancia. Al pasar a mi lado, dije escuetamente—: Alma Jarrod... *se llama ahora Mildred Harris*, y es la rubia y hermosa secretaria de Edwin Yordan.

Rocky me dirigió una mirada de odio infinito al pasar por mi lado, pero no dijo nada.

* * *

—Mildred Harris...

—Sí, querida —asentí, conduciendo por entre el tráfico urbano con dificultades—. Mildred Harris, la eficiente secretaria, la buena amiga de Irish Yordan. Ocupaba el lugar ideal para vigilarles a todos muy de cerca. Nadie podía reconocerla con su nuevo rostro. Tanta fue su audacia, que anoche me mencionó el hecho de que las Jarrod fueron trillizas y una tercera había muerto, y también me mintió descaradamente, al mencionar a una mujer tan vulgar y soez como Flo Kelly, en calidad de amante formal de Vincent de Wilde.

—Entonces, si Flo Kelly no era su amante, ¿quién era, en realidad, la persona con quien Vincent tenía relaciones íntimas? Había una mujer, de eso estoy segura. Y tú eres mi detective y te pago para que lo descubras, Sid...

—Ya lo descubrí. Era ella misma: Mildred Harris

—¡Cielos! ¿Es posible?

—Claro. Mildred era, a la vez, amante y espía de De Wilde, introducida en la oficina de su antagonista, Yordan. Ese doble juego de Mildred servía en el fondo para desviar de ella cualquier sospecha en el terreno del plan criminal contra sus hermanas.

—Entiendo. Y una vez muertas ambas, ella hubiera

reaparecido, reclamando su herencia legalmente...

—Eso es. Tenía reunidos suficientes documentos acreditativos de que ella, Mildred Harris, era en realidad Alma Jarrod. No podrían negarle entrar en posesión del dinero. Y, de paso, tal vez cazara también a su actual jefe, Edwin Yordan, a quien procuraría dejar viudo... o falsamente casado con la supuesta Vicky si Irish llegaba a creer ser ella. Mildred tiene encantos sobrados para eso y mucho más.

—Y tú, sin duda, te enteraste bien de ello anoche, ¿no es cierto? —me acusó Audrey, recelosa.

—Te equivocas —suspiré—. Ya sospechaba de ella y no quise correr riesgos. Eludí sus encantos, esperando sólo conducirla a ella y a su fiel Rocky a la trampa planeada.

—En mi casa, claro.

—En algún sitio tenía que ser. Ella debió averiguar en el local donde estuvimos, adonde había hecho la llamada y. Al saber que era a Los Angeles, imaginó el resto. Llamó a Rocky, le envió tras de mí cuando yo la dejé a ella en su casa, y esperó a que me eliminara limpiamente esa misma noche.

—Y ahora...

—Ahora, todo ha terminado —resoplé con alivio—. Está lloviendo, la atmósfera es más limpia y respirable y Mildred Harris, o Alma Jarrod, como quieras, está entre rejas, esperando pagar sus culpas. Caso terminado. Y por partida doble, querida. Irish Yordan sabe ahora quién es realmente ella. Y tú sabes quién era la amante de tu adorado De Wilde. Me he ganado bien mis honorarios, ¿no crees?

—Desde luego —rió ella, apretándome una pierna con picardía—. Ahora, vamos a algún sitio en las afueras de la ciudad, querido. Tengo que pagarte el resto de tus honorarios, tan brillantemente ganados. Hay muchos moteles donde poder hacer un alto.

—Oh, puedes pagarme aquí mismo —sugerí, burlón.

—¡Sátiro! —me reprendió ella—. ¿Quieres que nos encierren por inmoralidad pública?

Me reí. Y ella también.

Audrey tenía un modo especial de pagar mis honorarios. Y a mí no me disgustaba eso, ni mucho menos.

Busqué un motel. Y ella me besó. Era un simple anticipo, claro.

F I N

¡En calidad de novedad
exclusiva!

M. L. ESTEFANIA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.

Impreso en España